

EDICIONES BISTAGNE

1  
PTA





C A B A L G A T A



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# CABALGATA

La producción del siglo. Un mensaje a la humanidad. Adaptación  
cinematográfica de la magnífica obra de

NOEL COWARD

Formidable dirección de  
FRANK LLOYD

Es un film FOX  
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por  
HISPANO FOXFILM, S. A. E.  
Valencia, 280  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne



## Reparto

Jane Marryot. . . .	<i>DIANA WYNYARD</i>
Robert Marryot. . . .	<i>CLIVE BROOK</i>
Alfred Bridges . . . .	<i>Herbert Munden</i>
Ellen Bridges . . . .	<i>Una O'Connor</i>
Fanny Bridges . . . .	<i>Ursula Jeans</i>
Joey Marryot. . . .	<i>Frank Lawton</i>
Edward Marryot . . . .	<i>John Warburton</i>
Margaret Harris. . . .	<i>Irene Browne</i>
Edith Harris . . . .	<i>Margaret Lindsay</i>
Annie Grainger . . . .	<i>Merle Tottenham</i>
Cook . . . .	<i>Beryl Mercer</i>
Mrs. Snapper. . . .	<i>Tempe Pigott</i>
George Grainger . . . .	<i>Billy Bevan</i>

## Niños

Edward Marryot . . . .	<i>Dick Henderson, jnr.</i>
Joe Marryot . . . .	<i>Douglas Scott</i>
Edith Harris . . . .	<i>Sheila McGill</i>
Fanny Bridges . . . .	<i>Bonita Granville</i>

**Producción filmada totalmente en  
FOX MOVIE TONE CITY**

# CABALGATA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## I

Era en 1899.

Inglaterra hallábase en aquel entonces corriendo la trágica aventura de la guerra del Transvaal.

La suerte no le era muy propicia. Sus hombres, que no sólo habían de luchar con los naturales del país, sino que también con el clima y la naturaleza de aquella región, tan distintos uno y otra de los de la Gran Bretaña, caían a montones sobre el cruel suelo sudafricano.

Día tras día la nación exigía nue-

vos y mayores sacrificios a sus hijos, los cuales no vacilaban en dar por ella su sangre con una abnegación y un espíritu heroico sublimes.

Ya no era sólo la juventud irreflexiva y temeraria la que respondía al requerimiento de la patria, sino que también los hombres maduros se prestaban a lucir con orgullo los marciales uniformes y anhelaban ir a luchar contra los aborrecidos boers, sin pararse a meditar—en su obcecación y enardecimiento patrió-



ticos—si la causa que éstos defendían era no ya justa, sino simplemente humana.

No había puerto de la Gran Bretaña que no se estremeciese a menudo con el paso de las tropas que embarcaban con destino al Africa del Sur.

Y el pueblo, con esa inconsciencia vesánica que da la fe ciega en el triunfo y que le impide ver las trágicas consecuencias de las guerras, enronquecía de tanto vitorear a los héroes que partían confiados a sacrificar sus vidas.

El siglo tocaba a su fin, y en el ánimo de los ciudadanos británicos se acogía con inquietud la llegada de la nueva centuria que habría de traer consigo el inevitable cortejo de nuevos e ignorados acontecimientos; pero al mismo tiempo se albergaba la esperanza de que con el siglo XX comenzase una era de paz y bienestar para la nación.

Por eso, la víspera del Año Nuevo, toda Inglaterra, olvidándose momentáneamente de la calamidad que la aquejaba con aquella guerra que mantenía en sus colonias del sur de Africa, celebraba ruidosamente la entrada en el nuevo siglo.

El matrimonio Marryot también

quiso celebrar el excepcional acontecimiento yendo aquella noche a una fiesta mundana.

Pero antes de llegar la medianoche se retiraron a su hogar. La esposa se encontraba algo violenta en medio de aquella diversión, y por ello su marido no opuso objeción alguna cuando ella manifestó su deseo de reintegrarse a casa.

Lady Marryot tenía sus motivos para no compartir el general bullicio. Dos días después su esposo, Robert Marryot, capitán de infantería, había de partir con su regimiento hacia el lejano Transvaal, y aunque ella trataba, con una firmeza de ánimo admirable, de sobreponerse a su propia congoja, la natural alegría de la fiesta era como un escarnio a sus sentimientos, que no podía soportar.

Jane Marryot tenía una entereza de carácter que le permitía vivir su vida sin temor a ningún fracaso moral. Pero su temple de acero no había tenido jamás ocasión de haber sido puesto a prueba con la rudeza de aquel momento. Y sin embargo, aún sabía delante de su esposo disimular la tremenda emoción que la embargaba, para no acongojarle también a él durante

aquellos días que precedían a la partida.

El hogar de los Marryot era un hogar absolutamente feliz. En los diez años de matrimonio que llevaban Jane y Robert, la paz familiar no había sido turbada por el más mínimo contratiempo. En cambio Dios había esparcido su gracia sobre ellos enviándoles dos hijos, sanos y robustos, que alegraban la casa con sus risas e infantiles travesuras.

Robert Marryot ocupaba una desahogada posición, legada por su padre, que hacía que para los jóvenes esposos la vida fuera grata y comfortable. Allí de nada se carecía; nada se echaba de menos. Y como que las ambiciones desmedidas no hallaban cabida en los corazones de aquel matrimonio, la dicha tenía por suyo aquel hogar, al que jamás había abandonado hasta que la guerra brutal, que nada respeta, llegó a desvanecer el sortilegio de aquella felicidad.

Tenían los Marryot una servidumbre poco numerosa, pero adicta y fiel, compuesta por Alfred Bridges, el ayuda de cámara; Ellen, su esposa y camarera de la casa, y la señora Snapper, tan buena coci-

nera como aficionada a entablar coloquios con las botellas de licor.

Los Bridges sólo tenían una pasión: la de su hijita Fanny, una niña de pocos meses a quien no le causaban ningún terror los bigotazos ni la enorme nariz de su papá, como tampoco la carita de pájaro de mamá.

Ellen era una criatura que se hallaba dotada de una indiferencia absoluta para todas las cosas de este mundo, y era poseedora, por lo tanto, de un exasperante conformismo que en ocasiones la hacía poco simpática.

De igual manera, Alfred parecía estar satisfecho con su suerte y carecer de ambición. Pero al contrario de su mujer, siempre impasible y poco amiga de las bromas, él encontrábase siempre de un humor envidiable.

Aquella noche, apenas entraron los señores en la casa, y mientras Bridges preparábales el ponche, Ellen les llevó un ramo de flores como obsequio suyo y de su marido en la entrada del nuevo año.

Jane Marryot se emocionó al recibir tal presente. ¡Todo el mundo les quería! ¡Todos, hasta sus criados, les apreciaban!



Y es que la bondad podía tener su personificación tanto en ella como en su esposo. La conciencia de ambos podía estar bien tranquila porque sabían que jamás habían hecho un mal, y en cambio habían derramado el bien a manos llenas.

Jane le dió las gracias con turbación a su doncella, y ésta desapareció como un trasgo, camino de la cocina.

Allí encontró a su marido burlándose de la señora Snapper, quien con un fenomenal sombrero de plumas sobre la cabeza, se disponía a salir para celebrar el Año Nuevo corriendo por las calles con los grupos bullangueros, que atronaban la ciudad con sus risas y cánticos.

—¡Ten cuidado, no empines mucho el codo!—le aconsejó Bridges al trasponer el umbral de la cocina con dirección a la calle.

La vieja respondió con cómica dignidad y salió pavoneándose cómicamente.

—Está un poco loca — le dijo Bridges a su mujer—. Cree que esto es el fin del mundo y desea divertirse antes de que la cosa se acabe. Lo malo es que yo también lo creo.

Su mujer le amonestó.

—No empieces de nuevo. No quiero pensar cuando te hayas ido a la guerra, qué va a ser de mí ni de ti. Tú no naciste para soldado.

—¡Pero ahora lo soy! ¿Entiendes? — exclamó Bridges, subiendo de tono la voz.

—¿Y nuestra pobre hijita?—lamentóse Ellen, arrasándosele los ojos de lágrimas.

—Escúchame, mujer — dijo el mayordomo, dejando de batir el ponche—. Acuérdate que te casaste para compartir lo mismo el bien que el mal.

—¡Pero no esta clase de mal!—protestó Ellen, lloriqueando. — Piensa en que puedes correr la misma suerte que el hermano de la señora, que se halla sitiado por los boers en Mafeking, comiendo ratas y carne de caballo. ¡Las guerras no debieran existir! ¡Nadie las quiere!

—Pero a veces son necesarias.

Con filosófica resignación, cogió Bridges la ponchera y le indicó a su mujer que le ayudase a servir el ponche a los señores.

En un saloncito, Robert Marryot contemplaba a su esposa con arrobo.

—¡Qué hermosa estás hoy!—la decía—. Quizá es tu vestido nuevo

y la estrella que luces en tus cabellos lo que influye para que te encuentre tan bella, pero sobre todo es el hecho innegable de que te idolatro.

—¿Después de diez años de casados y de tener dos hijos?—le preguntó, con maliciosa sonrisa, su esposa.

—Precisamente por eso te quiero más. Quizá eres fea y poco atractiva—replicó Robert, empleando el mismo tono que su mujer—, pero yo todavía no me he dado cuenta ni tal vez me la daré jamás. ¡Te quiero tanto! ¡Y hemos sido tan felices!...

La evocación de la guerra, que venía a enturbiar aquella felicidad, brotó de los labios de la hermosa Jane como un reproche contra el destino que por primera vez les era adverso. ¡La entrada del siglo se anunciaba funestamente para ellos!

—Esta guerra tiene que terminar pronto—sentenció Robert Marryot, para tranquilizar a su esposa.

Y ésta a su vez, para infundirle más optimismos a su marido, arguyó:

—Quizás antes de que llegues allá.

Robert la miró con fijeza, y ella creyó entender su mirada.

—Me parece que esta idea te desagrada.

—¡No, por Dios!—protestó él.

—Compréndeme. Yo desearía que acabase cuanto antes para que tú no hubieses de exponerte y para saber que mi hermano se encuentra sano y salvo.

—No lo dudes. Jim no habrá perecido. Y en cuanto lleguemos nosotros, levantaremos el sitio de Mafeking.

—¡Dios lo quiera!

Bridges llegó trayendo el ponche, seguido de Ellen. Marryot les preguntó qué hora era.

—Van a dar las doce, señor—respondió el mayordomo.

—Bien. Quédense a beber con nosotros.

Bridges llenó los vasos de ponche.

Las primeras campanadas de las doce comenzaron a sonar.

Y en aquel momento oyóse una voz infantil que llamaba:

—¡Mamá!

Robert y Jane quedaron con las copas en suspenso.

—Los niños—dijo la esposa.

—¡El siglo XX los despertó!—sentenció Robert.



Y quedó pensativo, absorto, creyendo ver en aquella coincidencia un nebuloso presagio para el futuro de sus hijos.

Jane subió a la habitación de los pequeños.

Joey, el menor, era el que alborotaba, empeñado en ver el Año Nuevo. Su madre, con la ternura de la que sólo ella podía ser capaz, le acarició y logró convencerle de que no debía levantarse.

Cuando ya creía haber conseguido que se durmiese de nuevo, llegó su padre, dispuesto a que los dos niños brindasen, con copas de leche, por el Año Nuevo.

Jane puso sobre sus labios el dedo índice para indicarle silencio e hizo que los contemplara a los dos, bien arropados en sus camitas y gozando de la delicia de un sueño tranquilo.

—¡Paz para ellos, Señor! ¡Que nunca sepan lo que es la guerra, angelitos nuestros! —clamó la madre, elevando los ojos al cielo.

—¡Que Dios lo quiera! ¡Paz y felicidad siempre! —corroboró el padre.

Y luego indicó:

—Que bajen.

—No—protestó Jane—; no debemos interrumpir su sueño.

—¡Bah! Una vez en el siglo no les hará nada.

Estas palabras desvanecieron como por encanto el pretendido sueño de Joey, quien empezó a gritar de contento y a dar saltos en la cama.

Robert lo cogió en sus brazos, y cantándole una infantil canción, llena de un ritmo marcial, lo condujo al "hall" en donde el ponche les aguardaba para brindar por la prosperidad del nuevo año.

Jane le seguía llevando de la mano a Edward, el primogénito, que se despertó al ruido producido por su hermano.

Abrió Robert el balcón.

De la calle llegaban los cantos de la muchedumbre, que formando alegres grupos—entre los que figuraba la señora Snapper, la cocinera—cantaban a voz en grito, saludando al recién nacido año.

Robert Marryot alzó su copa, la chocó con la de su esposa y mirando la negrura de la noche por el abierto balcón, exclamó, lleno de una extraña emoción:

—¡Mil novecientos! ¡Salud, Siglo Nuevo!

Y como si su brindis fuera un mágico conjuro, creyó ver surgir de entre las sombras y cruzar el espa-

cio un extraño cortejo a caballo, de misterioso significado.

¡Era que el Siglo Veinte comenzaba su impetuosa cabalgata!

## II

Margaret llegó con su hija Edith, una niña de la misma edad que Joey, por la mañana, muy temprano, para despedir al expedicionario.

Margaret era la mejor amiga de Jane. Las unía un parentesco lejano, pero, más que esto, era en realidad la convivencia desde muy niñas en el colegio lo que había hecho que su amistad adquiriese raíces tan hondas que nada fuera bastante para romper.

El carácter de Margaret era frío, irreflexivo. Y quizá el visible contraste que ofrecía con el de Ja-

ne, aquietado y sensato, constituía el aglutinante que ligaba sus almas en aquella fraternal amistad que era por todo el mundo citada como un caso extraordinario y ejemplar.

Margaret compartía gozosa, como un miembro más de la familia, tanto las alegrías como los sinsabores de los Marryot, procurando aumentar aquéllas o mitigar éstos en la medida de sus fuerzas. Y, naturalmente, en aquel momento decisivo, no podía faltar su asistencia para prodigar consuelos a la esposa, que perdería la protección y el



amparo, morales y materiales, de su marido.

Ella se ofreció a cuidar de los niños mientras Jane iba al muelle a despedir a Robert.

Cuando éste penetró en el hall, vestido con el uniforme de capitán de infantería en cierto modo aduletrado en su habitual pergeño por el haldudo sombrero de fieltro gris, con el ala izquierda levantada, con que han sido dotadas las tropas expedicionarias para soportar mejor los ardientes rayos del sol africano, se encontró con que sus dos vástagos, firmes y graves como sargentos de granaderos, le saludaban militarmente, causándole este proceder la natural y consiguiente sorpresa, y también una gracia que trató de ocultar conteniendo la hilaridad que amenazaba con hacer acto de presencia en su rostro.

—¿Qué es eso?—preguntó.

Pero la respuesta no la necesitaba para comprender y para sentir una sensación más amarga que dulce. Era la densidad de aquel ambiente bélico que por todas partes se respiraba y que había llegado incluso a contagiar los infantiles espíritus de sus hijos.

Marriot les besó, y con paternal

ternura les recomendó, como si se tratase de dos hombrecitos:

—Tenéis que ser buenos y habéis de cuidar mucho a mamá durante mi ausencia.

Los dos niños escucharon a su padre con cómica seriedad, y cuando parecían estar compenetrados con lo que él les decía, saltó el más pequeño:

—Oye, papá, ¿Bobs es un gran soldado?

—No debéis llamarle así, sino lord Roberts—les reprendió su padre por la poca consideración que aquellas bocas infantiles tenían para el general en jefe inglés.

—Y Kruger es el jefe de los boers, ¿verdad? —intervino Edward.

—Sí—contestó el padre.

—¿Y tú y lord Roberts vais a pelear contra él?

—Sí.

—¿Y lo vas a hacer pedazos con tu sable? —inquirió con seriedad Joey.

Robert le miró con el ceño fruncido. No le gustaba que sus hijos tuvieran instintos crueles. Pero Joey no se inmutó, y le pidió a su padre:

—Prométeme que así lo harás.

La ciega confianza que en el valor de su padre tenía el niño, era el síntoma innegable del cariño que le profesaba. Para Edward y Joey, su padre era en aquellos instantes poco menos que un Dios. Sus ojos, ávidos de ver cosas nuevas, se extasiaban contemplando el flamante uniforme de su progenitor, que éste lucía con marcial apostura. Defraudarles entonces bajo el pretexto cristiano de que hay que seguir el divino mandato de amar al prójimo como a uno mismo, hubiera sido tanto como restarles la fe que en él tenían depositada, y Robert prefirió, por una vez, hacer una concesión a la inconsciente crueldad infantil, asegurando:

—Está bien. Lo haré pedacitos, muy pequeños, muy pequeños.

Y Joey, ebrio de alegría, se volvió a su hermano y le dijo:

—¿Qué te había dicho yo? ¿Ves cómo lo hará pedazos?

Entretanto, en la cocina, la señora Snapper se esforzaba en consolar a Ellen.

El marido de ésta partía también a la guerra con su señor, y este hecho lograba al fin soliviantar su habitual conformidad en todo.

Pero allí estaba su madre, que

había venido con ánimo de confortarla, según ella decía, en aquel terrible trance.

La madre de Ellen era la persona más indicada para desempeñar este caritativo menester. Su optimismo era como para poner los pelos de punta al más pintado. Sólo desgracias y cataclismos veía por todas partes. Oírla hablar, suponía tanto como estar escuchando la crónica negra de un periódico. Y, naturalmente, estaba poniendo a su hija en una disposición de ánimo excelente.

—El señor Bridges volverá pronto—decía la cocinera.

—Sí, si no lo matan—arguyó la vieja. Y como escuchara los sollozos que a su hija ocasionara con esta sincera exposición de su pensamiento, procuró corregir el efecto de sus palabras diciendo—. ¿Pero qué es lo que he dicho? No creo que sea para tanto.

—Ya verán qué contentas estaremos cuando regrese —intervino la cocinera, para alejar de la mente de Ellen las agorerías de su madre.

Pero ésta no se pudo contener. A su memoria vino el recuerdo de un tío suyo, y se creyó obligada a exponer su caso.



—Eso será si regresa — dijo —; porque me acuerdo de cuando mi tío fué a la guerra con los zulúes. El primer día lo cortaron en dos y se lo comieron asado.

—¡Madre, por Dios!—le suplicó Ellen.

En aquel momento apareció Bridges en la puerta de la cocina, y su intervención logró calmar la excitación nerviosa de su mujer y acallar los negros presagios de su suegra.

Ellen fué al muelle a despedir a su marido, como la señorita iba a despedir al suyo.

Las tropas cruzaban la ciudad a los marciales sonos de las marchas, ejecutadas por las charangas.

De aquellos hombres que iban a pelear "por su reina" ¿cuántos volverían?

En ellos cifraba su esperanza la nación inglesa. Ellos habrían de ser los que levantasen el dramático sitio a Mafeking, que era el tormento de todos los ciudadanos de la Gran Bretaña.

El dolor de la partida acongojaba las almas de las personas a quienes se les iba algún ser querido en aquellos vapores que se hallaban próximos a zarpar. Mas, entretanto,

el pueblo, borracho de un entusiasmo belicoso, bueno para ser derrochado allí, a miles de millas del trágico escenario de la guerra, y con el cual conseguía embotar sus más nobles sentimientos, vitoreaba a los expedicionarios y los acicateaba para que exterminasen a sus enemigos.

Y los soldados, desde la borda de los buques, contagiados de la euforia popular, que les servía de anéstrico a sus almas, comenzaron a cantar a coro una canción de circunstancias que rápidamente se había puesto en boga, titulada "Soldados de la Reina", en la cual se enaltecía el valor de los soldados británicos que sabían morir por su reina heroicamente.

El público allí congregado prorrumpió en frenéticos aplausos y unió sus voces a las de los soldados, formando entre todos un coro enorme e impresionante.

El ambiente se hallaba cargado de una emoción sin límites.

Los pañuelos se agitaban en el aire como blancas palomas, dando los últimos adioses.

Y los gemidos de las madres, de las esposas y de los hijos hacían

más impresionante y patética aquella escena.

La sirena del trasatlántico en que iba el regimiento de Robert Marrayot sonó lúgubrememente.

Robert, en el muelle aún, teniendo entre las suyas las manos de su esposa, que oprimía con nervioso enternecimiento, advirtió a Jane que la hora de partir había llegado.

—¡Ten valor!—le recomendó.

Jane le miró con los ojos arrasados de lágrimas.

—Cuidate mucho, Robert — musitó, con voz temblorosa.

Robert trató de disipar su tristeza bromeando:

—Probablemente me marearé.

—Bridges te atenderá.

—¡Si no se mareará él también!

La sirena volvió a atronar el espacio, apremiante.

Robert miró a su esposa en los ojos, con profundo acongojamiento.

—¡Es horrible!—protestó Jane, rebelándose inútilmente contra su propio destino.

Los rezagados subían ya la pasarela del buque.

Robert estrechó entre sus brazos a su esposa.

—Ahora, bésame y aléjate sin volver a mirarme—le dijo.

Sus bocas se unieron en un beso largo, apasionado, que no tenía la dulzura de los de otros días, pero en el que sus almas se fundían como nunca, hermanadas por el sufrimiento.

Robert, haciendo un poderoso esfuerzo para sobreponerse a sus propios sentimientos, logró desasirse de su esposa,

—¡No mires! — le rogó nuevamente.

Y rápido volvió a confundirse con el último grupo que penetraba en el trasatlántico.

Jane quiso mantener firme su ruego.

Pero apenas se hubo alejado él, no pudo soportar la tentación de verle aún más y darle el último adiós. Y se volvió rápida, clamando entre sollozos:

—¡Robert! ¡Robert!

Mas ya era imposible verle. Una barrera humana que rugía de entusiasmo, se interponía entre ella y su esposo.

La pasarela fué quitada del buque, cerráronse las entradas de éste y la sirena lanzó su postrer sonido ululante.



Los primeros acordes del "God save the Queen" vibraron solemnemente en el ambiente repleto de dramática emoción, mientras desatracaba el vapor.

Robert Marryot apareció junto a la borda, entre sus soldados. Un poco más allá estaba Bridges, el fiel ayuda de cámara.

Fué para Jane como si un rayito de sol penetrase en su alma en tinieblas al distinguir a su esposo.

Y en su diestra flameó, temblorosamente, un pañuelo en cuyo tremolar iba el adiós infinito y esparanzado de la desdichada esposa.

También de entre la muchedumbre se alzó un bracito insignificante para despedir a Bridges.

Jane y Ellen se vieron inopinadamente, una al lado de la otra,

y la doncella, rota por el dolor, se estrechó contra el generoso pecho de la señorita.

El vapor alejándose majestuosamente del muelle, llevando aquella carga humana dispuesta a ser sacrificada en los campos de batalla sud-africanos.

De otros lugares del puerto zarparon más buques con idénticos destino y cargamento.

Poco a poco fueron acallándose las explosiones de entusiasmo popular en tanto que los gemidos iban en aumento.

Jane, con el alma destrozada, emprendió el regreso a su casa.

Los corceles de la loca cabalgata del siglo XX, pisoteaban ya su corazón, no más al iniciar su partida.

## III

Todos los días iba Margaret a saber noticias, si las había, y a consolar a la buena amiga.

Y sin dejar una mañana, ambas marchaban juntas a consultar las listas de víctimas en la oficina de información del Ministerio de la Guerra.

¡Cuánto dolor callado se encerraba entre las cuatro paredes de aquella dependencia oficial!

Allí acudían los familiares de los que luchaban contra los boers, a repasar afanosamente las listas de muertos y heridos con la inquietud y el temor de hallar en ellas el nombre de la persona querida.

Y aquel que luego de bien examinadas las largas hileras de nombres conseguía no hallar en ellas el que buscaba, experimentaba un ali-

vio poderoso y una momentánea alegría, que casi siempre se desvanecía al pisar de nuevo la calle y considerar que en las horas transcurridas desde la publicación de las listas hasta aquel instante, la irreparable desgracia podría haber sobrevenido y ser ignorada todavía.

Jane penetraba en aquel lugar presa siempre de una atroz crisis nerviosa. Los alaridos de las esposas o de las madres que entre el farrago de nombres llegaban a divisar uno que para ellas constituía todo el mundo y toda la vida, helaban la sangre en sus venas y nublaban su cerebro con amagos de síncope.

Cuando esto sucedía, Margaret procuraba apartarla de allí, mas nunca lo conseguía hasta que ella



habíase cerciorado de que a Robert y a su hermano Jim nada grave les ocurría.

Los niños, entretanto, quedaban en casa jugando a lo que en tiempos de guerra juegan todos los niños, o sea a la guerra misma.

Pero siempre surgían discusiones y acababan peleándose de veras porque ninguno quería asumir el papel de ejército boer.

Abusando de su condición privilegiada de varones, Edward y Joey trataban de adjudicárselo siempre a Edith, aduciendo que era para lo único que servían las chicas.

Pero Edith no se conformaba, y allí iban rodando los cañones de juguete con sus pataleos encorajinados, hasta que llegaban las mamás, atraídas por el escándalo que promovían, y los castigaban a los tres.

—¿Pero es preciso que jueguen a que se están matando, Dios mío? —clamaba Jane, desesperada al ver infiltrado en sus hijos el virus de la guerra.

Todo se conjuraba contra ella para hacerle tener siempre presente la obsesión de los campos de batalla y en ellos a su marido pasando toda suerte de penalidades: los uni-

formes de los soldados que continuamente pasaban por la calle, los juguetes marciales de sus hijos, las noticias de la guerra, voceadas por los vendedores de periódicos, y sobre todo aquella canción titulada "Soldados de la Reina" que cantaba todo el mundo.

Todos los días, sin excepción, se detenía bajo sus balcones un organillo que con su mecánico sonsone te tocaba la susodicha canción.

Jane poníase nerviosísima al oírla, y comenzaba a pasear de un lado a otro de la estancia, como fiera enjaulada, golpeándose las sienes con los puños cerrados y rechinando los dientes.

Cierto día, hallándose con Margaret en el saloncillo en que habitualmente su vida se desenvolvía, llegó el organillo ya dicho, y se puso a tocar, como de costumbre, la exasperante tonada.

Jane no la pudo resistir. Se alzó de su asiento, y tras unos cuantos paseos enloquecidos por aquella pieza, rugió:

—¡Ah! ¡Soldados de la Reina!... ¡Soldados de la Reina!... ¡Qué terrible canción!

Margaret se asomó al balcón, y al ver al pobre organillero, un hom-

bre ya casi anciano, que daba vueltas al manubrio con una desgana atroz, se volvió hacia Jane y le preguntó:

—¿Le doy algo?

Y Jane, fuera de sí, respondió:

—Sí; échale dinero para que se vaya.

Margaret llamó al hombre y le dijo:

—Oiga, márchese usted, por favor. Tenga.

Y le arrojó unos cuantos peniques.

El desgraciado hizo una cómica reverencia de agradecimiento y desapareció.

—Jane, querida... ¡cálmate!—le suplicó Margaret, al regresar junto a ella.

Jane la miró con desaliento.

—¡Si supiera que habría de volverles a ver!...

—No pienses en eso, Jane. Nuestras tropas entrarán en Mafeking.

Jane suspiró.

—Sí—dijo—, pero entretanto mi hermano está allí, muriendo poco a poco. Y Robert... ¡No puedo soportarlo!

Penetró Ellen en la estancia trayendo el te. Su cara de pájaro, in-

alterable siempre, no dejaba traslucir ningún sentimiento.

—¿Hay noticias, Ellen?—inquirió ávidamente Jane.

—No se preocupe por el señor, que mi Alfred lo cuidará, señora—respondió la criada.

Jane la contempló, conmovida.

—¡Tú también debes sufrir mucho, Ellen!—le dijo.

—Lo que haya de ser, será—respondió la criada, con filosófico acomodamiento; y añadió, como justificándose—: El pensar así, me consuela.

La sensibilidad de Jane, tan exquisita, tan refinada, que sufría no sólo con su dolor sino que también con el dolor ajeno, no podía comprender la impasibilidad de su criada. Pero al cabo se dijo que quizá Ellen tuviera razón, y su sistema fuera el más acertado para mitigar el propio sufrimiento. Mas... ¿podría ella acaso conseguirlo?

La filosofía de Ellen no era, empero, más que ficticia, pues al ver a su señorita iniciar un dolorido llanto, se llevó la punta de su blanco delantal a los ojos y desapareció del salón.

Tomaron el te Jane y Margaret. Los primeros vendedores de pe-



riódicos comenzaron a vocear su mercancía por las calles.

Ellen bajó presurosa a comprar uno.

Jane lo desenvolvió ávidamente.

Luego lo dejó caer desalentada.

Las cosas seguían igual que antes. Mafeking sitiado por los boers. Y sus defensores, sin poder aprovisionarse, habían de alimentarse comiendo carne de roedores, de reptiles o la de los propios caballos de la caballería. Las fuerzas que habían ido en su auxilio, no habían conseguido llegar hasta allí. Los sabían mantener a raya a sus enemigos cuando no proporcionarle serios descalabros.

Sí. Ellen estaba en lo cierto. No había más remedio que resignarse y que fuese lo que hubiera de ser.

Margaret trató de reanimarla. Se iba para volver a las siete a recogerla y ambas se irían a cenar a un restaurante.

Jane se escandalizó. ¿A un restaurante? ¿Solás?

Margaret sonrió. ¿De qué se asustaba? Si su marido no las podía acompañar, ¿qué de particular tenía que fueran solas a cenar? A ella no le importaba nada lo que pudiera decir la gente. Acababan de

entrar en un siglo nuevo que, como tal, tenía verdaderos aires renovadores que echaban por la borda la mayoría de los prejuicios acatados sin protesta por el siglo que acababa de desaparecer y que en parte habían sido la causa de todos los yerros de éste y un freno que le había impedido ir mucho más allá de donde había llegado. Ella era una mujer moderna, amiga de todo lo que supusiera novedad y adelanto y no estaba dispuesta a dejarse aniquilar por los chismorreos de la gente ociosa.

—A las siete te espero—insistió Margaret.

—¡Yo no puedo, Margaret, no puedo!—resistió Jane.

Pero su amiga sabía la ascendencia que sobre ella tenía, y siguió remachando el clavo. Era preciso que se distrajese. Había que tener más fortaleza de ánimo y no dejarse amilanar por la adversidad.

—En fin, ya está dicho. Voy a cambiarme de ropa y a las siete estoy aquí por ti—terminó Margaret.

—¡Pero comprende mi situación, amiga mía! —expuso Jane, suplicante.

—No puedo reconocer nada más que Jim y Robert son unos valien-

tes y que nosotros debemos serlo también.

Jane no se daba por vencida. Quería demostrarle cuál era su estado anímico para que comprendiera que lo que pretendía resultaba un imposible. Mas Margaret no le hacía caso.

—Cenaremos en el Café Royal —le dijo, mientras se despedía de ella, besándola.

—No, Margaret, de ninguna manera—obstinábase Jane en negarse.

Y Margaret, antes de cerrar la puerta tras sí, asomó sonriente la cara para repetir:

—Cenaremos en el Café Royal.

Al desaparecer, Jane quedó abatida, desalentada de ver la incompreensión que su amiga tenía para su desventura.

¡Ah! No tenía nadie que quisiera compartir su pena. Todos estaban deslumbrados por el oropel de aquella guerra que presentaban como una empresa gloriosa, cuando en realidad no era más que algo trágico y entristecedor, un suceso tremendo, plagado de inútiles episodios heroicos. Si aquellos hombres del Africa del Sur reclamaban una independencia a la que creían tener derecho ¿por qué no se les otor-

gaba, y así se hubiera evitado el derramamiento de tanta sangre joven?

Como una burla a sus pensamientos, el organillo callejero volvió a lanzar las estridentes notas de su belicosa tonada.

Jane se irguió frenética; como una loca corrió al balcón, y sacando medio cuerpo por encima de la barandilla, gritó al hombre del manubrio:

—¡Toque! ¡Toque usted más! ¡Lo más fuerte que pueda! ¡Así! ¡Así!

Y del mismo descompuesto modo que había salido al balcón, regresó al interior del saloncillo; se detuvo en el centro, y clamó, desesperada:

—¡Soldados de la reina!... ¡Morid, morid por vuestra reina, que ella así lo quiere!...

Y sin poderse contener un minuto más, prorrumpió en copioso llanto, mientras que maldecía mentalmente a los ignorados causantes de su desdicha.

A las siete en punto se presentó Margaret por ella y a regañadientes consiguió llevársela.

Todo se cumplió como la amiga tenía dispuesto. Cenaron en el Ca-



fé Royal en compañía del esposo de Margaret, y luego se fueron los tres al teatro.

Tratábase de una comedia musical la obra que ponían en escena.

Jane no atendía a la representación. Su pensamiento volaba muy lejos de allí, hacia el remoto Transvaal...

Súbitamente, cuando la escena final de la obra iba ya más que mediada, interrumpiendo una nota aguda del tenor, se presentó ante las candilejas el director de escena, quien habló así al público con voz emocionada:

—Respetable público. Acaba de recibirse un comunicado oficial en

el Ministerio de la Guerra en el que se participa que el sitio de Mafeking ha sido levantado.

El entusiasmo del público se desbordó en hurras y aclamaciones.

Los de arriba confraternizaron con los de abajo alegremente.

En el palco que ocupaban Jane y sus amigos, apareció un cuarto espectador: la acomodadora, que se unía al general regocijo gritando, saltando y departiendo con aquellas damas tan elegantes como si fueran antiguas compañeras.

Y Jane sonreía de alegría y optimismo por primera vez en el siglo XX.

#### IV

El día del regreso de los expedicionarios, reinaba una febril actividad en toda la casa.

Los salones aguardaban a Robert Marryot y a Alfred Bridges la cocina.

En ésta se hallaban la señora Snapper y Annie, la nueva camarera, una muchacha que, por reunir lo todo, era fea y tonta de remate.

Ellen había ido al muelle a esperar a su marido.

Su madre entretenía a las dos mujeres con sus optimistas recuerdos.

Oyendo a la señora Snapper que ordenaba a Annie que hiciese una tostada en el fuego de la chimenea, le dijo:

—Sé de una mujer que se achicharró viva por hacer eso. Y después sólo pudieron reconocerla por un broche que llevaba. ¡Imaginaos!

A Annie se le pusieron los pelos de punta y si bien ella no se achicharró, la rebanada de pan que mantenía ensartada en la punta de un hierro quedó hecha carbón por culpa del tétrico relato.

La cocinera fué a contemplar un momento a la niñita de Bridges, y después de hacerle un par de carantoñas, le dijo, como si la criaturita pudiera comprender:

—Tu papá regresa hoy, y sin novedad, preciosa.

—¡Ojalá sea así!—deseó, lúgubremente, la vieja.

—¡Qué carácter más jovial tiene usted!—dijo la señora Snapper.

—¡Oh, no se burle usted! Que yo conocí a un hombre que se rompió las piernas al bajar del vapor.

De pronto Annie, que había permanecido como abstraída, le espetó una pregunta a la señora Snapper, que dejó absorta a la buena mujer.

¡Ahí era nada lo que preguntaba la chica! ¡Que dónde estaba África!

La cocinera respondió con evasivas. “¡Era muy tonta!” “¡Miren que no saber dónde está África!” “¿Es que aún no lo había visto en el mapa?”

Pero Annie no daba su brazo a torcer. Con vocecilla de flauta y sonsonete de parvulillo, se emperraba en inquirir dónde estaba situada África. Y en vista de que nada sacaba en limpio con la señora Snapper, emprendió el acoso de la suegra de Bridges, con idéntico éxito.

Las tropas regresaban victoriosas, marcando rítmicamente el paso por las calles de la capital.

Robert Marryot, al frente de su compañía, que se había distinguido heroicamente en la liberación de Mafeking, sonreía satisfecho de la



acogida que el pueblo les dispensaba.

Y entre sus filas, henchido a reventar de orgullo de saberse soldado de tal jefe, iba Bridges, sacando el pecho y agitando el brazo como un péndulo.

En cuanto dieron la voz de "rompan filas", Alfred Bridges corrió con su mujer a casa, ardiendo en deseos de ver a su crío.

Entró como una tromba en la cocina, y metiendo la cabeza en el cochecillo de la criatura, comenzó a gritar:

—¡Hola, mi Fanny! ¡Cuánto has crecido!

La niña, en lugar de asustarse con aquella brusca aparición de la nariz y el bigote descomunales, se echó a reír, y esto enterneció a Bridge, quien saltaba de contento diciendo:

—¡Conoce a su papá! ¡Conoce a su papá!

Después saludó a su suegra y a la señora Snapper. Y al reparar en la nueva camarera, preguntó:

—¡Caramba! ¿Quién es ésta? ¡No me la habéis presentado!

Annie saludó a Bridges con una estúpida sonrisa, que en ella era el colmo de la coquetería.

El insigne mayordomo pasó poco después a explicar a su suegra una gran sorpresa que le reservaba a ella.

En campaña había conocido a un tal Herbert Smart, que tenía un café, el cual se lo había traspasado a él por poco dinero. Y, sin embargo, era un negocio con el que podrían hacer un gran capital y al mismo tiempo en adelante su suegra podría vivir con ellos.

Al principio la vieja puso algunas objeciones. ¿Sería digno de ella vivir en un café y ser la suegra de un "cafetero"? Además, ¿qué dirían los señores?

—El señor lo sabe, e incluso me prestó dinero para ello.

La vieja vió el cielo abierto con estas palabras. ¡Ya no viviría sola por más tiempo!

Bridges dispuso, para celebrar su llegada, que todo el mundo bebiese su tacita de te.

Y mientras lo hacían, Annie lo atracó con la espeluznante pregunta:

—¿Dónde está Africa, señor Bridges?

El interpelado se puso serio y meditabundo.

Al fin logró rehacerse y declaró:

—Pues mira, chica, la verdad es que no lo sé a punto fijo, pero debe ser muy cerca del infierno, porque hay que ver lo que se suda, y cómo se está allí.

Y mientras esta escena transcurría en la cocina, en el salón familiar, Robert Marryot había de luchar con sus hijos para que no lo lastimasen, pues los chiquillos, en su entusiasmo de ver de nuevo a su padre, habíanse subido encima de él, estrujándolo y pisoteándolo.

Hasta la cocina llegó el vocear de un vendedor de periódicos, pregonando una noticia al parecer interesante, que aunque no todos los allí reunidos lograron entenderla, les hizo quedar por un momento perplejos, como presagiando un grave acontecimiento.

Annie fué a comprar el diario. Y entonces lograron enterarse todos de la grave noticia. ¡La reina estaba agonizando!

Hubo un momento de silencioso estupor.

Annie fué la primera en hablar para decir con su simplonería innata:

—¿Verdad que ya es muy anciana?

La cocinera se sobresaltó al oír esta pregunta.

—¡Como si el ser anciana tuviera algo que ver con la muerte!— exclamó.

—Yo nunca la he visto—declaró Annie.

Bridges dejó el periódico sobre la mesa, y recordó con cierta nostalgia:

—Yo sí... La vi en su carruaje... hace años. Iba sonriente, contemplando con ojos bondadosos a los súbditos que veía.

Y tras una pausa, henchida de extraña emoción, auguró:

—Inglaterra ya no será la misma sin su reina.



\* \* \*

El entierro fué un soberbio espectáculo para los buenos vecinos de Londres.

En el fúnebre cortejo figuraban hasta cinco reyes, que habían llegado a Inglaterra para manifestar su pésame a la real familia.

Todas las tropas de la guarnición y representaciones de muchos regimientos de toda la Gran Bretaña, vestidas de gala, cubrían la carrera a seguir por la comitiva o daban escolta al cadáver.

Robert Marryot, ascendido a comandante por méritos de guerra, iba con su batallón abriendo la marcha.

Lord Roberts, el vencedor de los boers, era vitoreado por el público, a pesar de las indicaciones que a éste hacía para que cesasen en tales muestras de admiración y de afecto.

La imponente comitiva desfiló por delante de casa de los Marryot, y Jane, Margaret y los niños la con-

templaron desde el balcón, haciendo meditar a las dos primeras en la fragilidad de las humanas grandezas que no resisten al soplo de la muerte, la gran demócrata para quien un rey vale lo mismo que el más miserable jornalero.

Poco tiempo después a Robert Marryot le era concedido un título nobiliario, como recompensa a su heroico comportamiento en la torre de Mafeking.

Y la primera vez que tuvo ocasión de ser nombrado con ese título, en una aristocrática soirée, Jane no cabía en sí de gozo.

Y como una niña que juega a ser aristócratas, se apretujaba feliz contra su marido, mientras le decía con adorable gracia burlona:

—Encantada de verle, sir Robert... ¿Sabe usted, sir Robert?... Está usted muy guapo, sir Robert. Pero se pone usted muy tonto y muy orgulloso, sir Robert.

—Celebro mucho saberlo, mila-

C A B A L G A T A

dy — respondíale su esposo, en el mismo tono humorístico.

Jane estaba admirada de verse en aquella tan encopetada recepción en la que sólo la nobleza tenía cabida, y le decía a su marido:

—Esto es encantador, Robert. Pero me avergüenzo de estar entre toda esta gente tan cubierta de bla-

sones, y hasta me dan ganas de esconderme.

—¡Tonta!

—¡Pero en cambio me siento tan orgullosa de ti, que no me cambiaría por nadie del mundo!

Robert la contempló extasiado y replicó:

—Y sin embargo, todo cuanto soy a ti te lo debo, vida mía.

V

Los años fueron pasando, y su transcurso cambió la fisonomía de los seres y de las cosas.

Y así, en 1908, vemos a Alfred Bridges, el austero ayuda de cámara de la familia Marryot, transformado física y moralmente con el correr del tiempo.

Ya no era Bridges aquel hombre

de buena fe y mejor humor que servía a sus señores con respetuosa humildad.

Convertido en el dueño de un café de barrio, la influencia del ambiente y de las personas que se hallaba obligado a tratar, habíase ido dejando sentir en su ánimo.

Todas las doctrinas sociales avan-



zadas, que aunque nacidas en el siglo anterior tomaron incremento poderoso en los comienzos del presente, fueron poco a poco recogidas, aunque mal asimiladas, por el cerebro rudimentario de Bridges, que sólo veía la parte más patética y la más positivista de ellas, no ya porque el lado más bello, aunque más utópico, fuera poco asequible para su entendimiento, sino simplemente porque este lado lo desconocía del todo, como lo desconocían los propagandistas de vía estrecha de quienes él aprendía tales ideas; borrachines y holgazanes, por regla común, para quienes la igualdad y el paraíso social consistían en no hacer nada y beber mucho, en tanto que los señores trabajasen para ellos.

Por esta causa, todo lo que antes habíale merecido respeto y veneración, le causaba ahora desprecio, y siempre tenía una ironía mortificante, cuando no un exabrupto, para las clases elevadas.

Pero no era sólo en sus ideas que se advertía una radical transformación, sino que también sus costumbres habían sufrido rudo cambio. Aquel Alfred Bridges, morigerado y sensato, era ahora un adepto de

la bebida, pendenciero y dilapidador, que descuidaba su propio negocio para andar en compañía de amigos poco recomendables que le ayudaban a malgastar las ganancias de aquél.

En vano Ellen trataba de atraerlo al buen camino exponiéndole juiciosamente el peligro que corría de seguir aquella vida estúpida que a nada conducía. Bridges hacía caso omiso de las advertencias de su esposa y continuaba dispensando su amistad y su protección a sus incalificables amigos.

Hasta que llegó un día en que se halló con que le era imposible satisfacer el alquiler de su establecimiento.

Ellen le llamó para recordarle la obligación en que se hallaba de pagar al propietario del local.

Bridges, cuando se hallaba en presencia de su mujer, le tenía algún temor, mas éste desaparecía en cuanto dejaba de verla.

—Hoy tienes que pagar el alquiler, sin falta—le dijo Ellen, con acritud.

—¿De veras? — preguntó Bridges, fingiendo ignorancia.

—¡Vergüenza debiera darte! ¿Es

que quieres que nos echen?—le increpó su mujer.

Bridges respondió evasivamente.

—¡Mujer, tú no te haces cargo! Yo trabajo mucho.

—Sí; trabajas mucho. Pero te bebes las ganancias. ¡Antes eras tan distinto!...

—¡Es que ahora soy el jefe! ¿Sabes?

—¡Valiente jefe, con esa ropa!

—¿Qué tiene que ver mi ropa? ¡Tú, cállate, porque aquí quien manda soy yo!

Las palabras iban subiendo de tono.

Ellen le miró, con miseria.

Bridges comprendió lo que aquella mirada quería significar y procuró esquivarla.

—Precisamente ahora iba a pagar el alquiler—dijo, refunfuñando. Y luego, para que su autoridad no quedase malparada, se creyó obligado a advertir bruscamente: Y bueno, que no vuelva yo a oír esos sermones, ¿eh?

Después cogió su hongo y se fué a la calle.

Apenas desapareció Bridges, apareció en lo alto de la escalera que conducía a las habitaciones su-

periores, la madre de Ellen, quien preguntó temerosa:

—¿Se fué ya?

La pobre mujer no podía soportar las intemperancias de su yerno.

¡Dios mío, cómo habían cambiado los tiempos! ¿Quién reconocería ahora en Alfred a aquel sujeto bonachón que al regresar de la guerra con los boers se mostraba tan contento porque al fin podría la vieja irse a vivir con ellos, al tomar posesión de aquel café que tanto maldecía ahora?

Al doblar la esquina, Bridges tropezó con una niña de nueve o diez años, que venía saltando por la acera, con una batelera de paja sobre la rubia cabeza y con unos cuantos libros de texto bajo el brazo.

La niña, al ver a Bridges, quedóse como petrificada.

—¡Hola, Fanny!—exclamó Bridges—. ¿No le das un besito a papá?

No contestó la chiquilla, que miraba al tabernero con bobalicona expresión, como si no fuera un ser de este mundo.

—¿Cómo es eso? ¿Es que te da vergüenza besar a tu padre?—exclamó Alfred, iracundo—. ¡Dame un beso en seguida!



La niña acercó su boca con temor al rostro de Bridges y depositó un beso tímido, que apenas rozó la epidermis de aquél.

—¡Bueno, bueno! ¡Anda a casa! —rezongó el hombre.

El tiempo le faltó a la nena para salir corriendo hacia el callejón por el que tenía acceso la vivienda de los Bridge, sin necesidad de haber de atravesar el café.

Y Bridges meditó, poseído de su papel de padre recto y severo:

—Necesita que se emplee con ella mano dura. Así aprenderá.

Y siguió su camino, en busca del casero.

La tentación vino a salirle al encuentro en forma de dos compinches, que le detuvieron a la puerta de una taberna.

—¿Qué, Alfred, vienes a tomar una copa? — le preguntó uno de ellos, cogiéndole por el brazo e invitándole a penetrar en el establecimiento.

Bridges se negó. Tenía que resolver un asunto que no admitía espera.

Pero los otros insistieron.

—¡Hombre, una no te hará daño!

—No; si no es eso. Es que tengo prisa.

—¡Bah! Tú ya sabes que sólo es cuestión de cinco minutos. ¿Qué, aceptas?

Bridges dudó, pero acabó accediendo.

—Bueno. Si solamente es una...

Y los tres penetraron en la taberna.

Entretanto, en su casa, Ellen recibía una visita: la de Jane y su hijo mayor, Edward.

Jane Marryot no echaba en olvido a su antigua sirvienta, y alguna que otra vez iba a verla.

En la presente ocasión, habíale llevado a Fanny una preciosa muñeca.

La niña se puso contentísima con este regalo, el cual no hacía más que mirarlo y admirarlo, como si fuera un objeto poco menos que sagrado.

Algo después llegó una segunda visita: Annie, aquella criada bobalicona, con su marido.

A pesar de su simpleza, Annie había sabido pescar a un primo de Ellen, que se había casado con ella enamorado.

Annie había cambiado de posición social. Ahora era "toda una se-

ñora", según ella, pues George, su marido, era un honorable comerciante.

En obsequio a sus visitantes, Ellen hizo que su niña bailase unas danzas.

Fanny sentía una gran pasión por la danza.

Para asemejarse a las bailarinas, le gustaba vestir siempre con vestidos vaporosos para que sus volantes flotasen como nimbos en las vueltas vertiginosas o se balanceasen, siguiendo el ritmo de los movimientos de su cuerpo, en las cadencias suaves y pausadas.

Jane felicitó a Ellen cuando la niña acabó de danzar.

—¿Sabes que Fanny baila muy bien? — le dijo.

Y la madre, pavoneándose de orgullo, contestó:

—Sí; tiene mucho talento. ¡Mucho! No para un instante de bailar en todo el día.

—Pues es lástima que no aproveche su vocación. Puede llegar a ser una gran danzarina.

—Sí. Es lo que digo yo. Pero su padre no quiere que lo sea.

Lady Marryot se interesó por Annie.

—¿Tiene hijos? — le preguntó.

—No. Aún no—respondió la ex sirvienta—. George no es partidario de las familias numerosas, y por ahora no hemos pensado todavía en eso.

La madre de Ellen pasó el bochorno mayor de su vida al oír esto. Y miró a Annie como si la quisiera fulminar con los ojos.

¡Qué desfachatez, Señor! ¿Adónde iba el mundo con tamaña desvergüenza? ¡Decir que aun no habían pensado "en eso"! Como si "eso" fuera cosa que pudieran disponer los hombres cuándo había de suceder, siendo como era de la sola incumbencia divina. ¡Qué enormidad y qué poco juicio decir esas cosas! ¡Y decirlas delante del señorito Edward, que sólo tenía diez y ocho años!...

—Bastante trabajo tengo en cuidar de la tienda — expresó George, con vanidad.

—¿Es usted comerciante? — inquirió Jane.

—Tiene una verdulería, milady — saltó la madre de Ellen, para vengarse de la poca consideración de Annie.

George hizo un gesto de desagrado. Le molestaba que descubriesen la clase de comercio a que se de-



dicaba, pues la palabra comerciante, con su ambigüedad, podía hacer creer a la gente en fabulosos negocios, mientras que la palabra verdulero no daba margen para ninguna hipótesis equivocada.

Edward soportaba con paciencia aquella visita que le aburría poderosamente. Y más que nada, las estúpidas preguntas de Annie.

Afortunadamente, el momento de marchar se aproximaba, a deducir por el giro que tomaba la conversación.

—Lamento que Bridges esté enfermo — dijo lady Marryot, a quien le habían comunicado esta noticia antes de llegar Annie y su marido.

Ellen y su madre hicieron un gesto de asentimiento y de conformidad con su suerte.

—¡Cómo! — exclamó George, al oír las palabras de Jane—. ¿Está enfermo Alfred? ¿Qué tiene?

Ellen miró a su madre con apuro.

La vieja contestó por ella, que en eso de referir desgracias era una verdadera especialidad.

—¡Ah! ¿Pero no lo sabías? — exclamó—. Pues nada: que se lastimó una pierna.

—¿Una pierna?

—Sí. Y le hace padecer mucho. George la miró con asombro.

—No creas que es cosa de broma, no — recalcó la suegra, por si acaso dudaba.

—¿Está arriba? — inquirió George.

—Sí.

—Voy a verle.

La madre de Ellen le contuvo.

—No; no le molestes. Está descansando.

—¿Y cómo sucedió eso?

—Se cayó de la bicicleta.

—¡Ah! ¿Pero tiene bicicleta Alfred? — preguntó George, que nunca había oído decir tal cosa.

—Ya no.

Jane se despidió de Ellen, asegurando sentía mucho no haber visto a Alfred.

—Os echamos mucho de menos todavía, Ellen — le dijo lady Marryot.

—Y nosotros también a ustedes, milady.

—Pero el tiempo todo lo cambia — expresó Jane.

Al ir a salir, se abrió la puerta y en el umbral apareció Bridges, en deplorable estado de embriaguez. El dinero del alquiler se lo había



—Tú no naciste para soldado.



—¡Te quiero tanto! ¡Y hemos sido tan felices!





—¡Paz para ellos, Señor!



¡... me siento tan orgullosa de ti,  
que no me cambiaría por nadie del  
mundo!



— ¡No mires!



—Orgullosa y déspota, ¿eh?





—¡Edward, vida mía!



—¡Quién iba a imaginar cuando éramos niños que nos llegaríamos a casar!...



—¡Tú, Joey, aunque aún seas un niño, ya puedes ir al holocausto!



¡Fanny Bridges! ¿Quién hubiera podido pensar que aquella mocosuela fuera esta muchacha hermosísima?





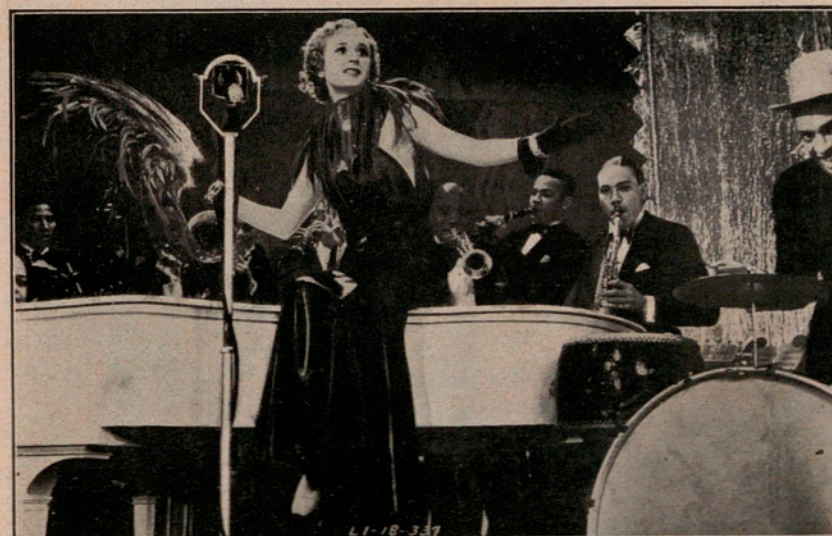
Se amaban sinceramente, con toda el alma.



Fanny no quería dejarle marchar...

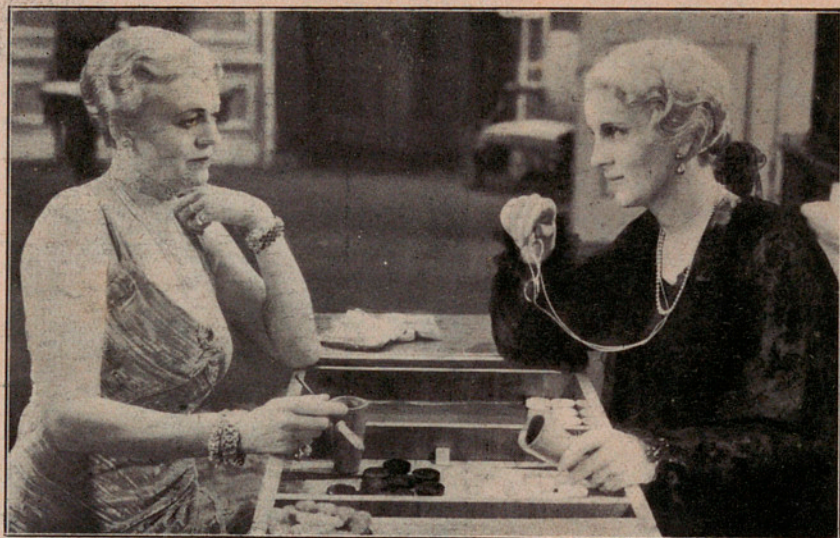


—¡Trata de ver a tu padre!



Y hay en el canto de Fanny Bridges tal acento de sinceridad...





Sólo Margaret se ha dejado arrastrar por la corriente y ha llegado incluso a creerse una muchacha...



—Pero primero brindo por ti.

gastado con sus amigotes en hacer innumerables libaciones.

Ellen bajó la frente, avergonzada.

Jane hizo cargo en seguida.

—¿No me querías aquí, eh? —dijo el borracho, encarándose con su mujer.

Y al reparar en su antigua señora, exclamó:

—¡Oh! Bienvenida a nuestro cu-  
bil, milady.

Instintivamente retiróse hacia atrás Jane al ver que Bridges le tendía la mano.

Este desprecio soliviantó al borracho, quien retando a Jane con la mirada, le dijo:

—Orgullosa y déspota, ¿eh?

Jane contuvo con una mano a su hijo, y sin hacer caso de la provocación del beodo, se dirigió a Ellen, diciéndole:

—Ellen, ya comprendo. Volveré a verte a ti sola.

Y se marchó con su hijo.

La mujer y su suegra colmaron de improperios a Bridges.

George trató de conseguir que se acostase.

Pero Alfred se volvió, furioso.

—¡Dejadme en paz! ¡Todos los señores son unos orgullosos! ¡Y vos-

otros sois indignos de estar conmigo!

Fanny, asustada, habíase agarrado a las faldas de su madre, temerosa de la actitud de su progenitor.

Ellen y la madre de ésta clamaban a Dios por la vergüenza que les había hecho pasar aquel hombre.

De pronto el borracho reparó en la muñeca que Jane le había regalado a su hija.

—La noble dama le dió esta muñeca a Fanny, ¿eh? —exclamó—. ¡Pues yo no admito limosnas de esa gentuza orgullosa! ¡Lo ha hecho para querer rebajarnos! ¡Pero ahora veréis!...

La nena dió un grito al ver la muñeca en poder de su padre.

Contra el morrillo de la chimenea fué a estrellarse la cabeza de la muñeca, hecha mil añicos.

Cometida su hazaña, como viera que Fanny prorrumpía en llanto, se dirigió a ella con intención de pegarle, pero George se le interpuso y la niña pudo huir a la calle velozmente.

Forcejearon los dos hombres y George, a pesar de ser un tipo corpulento, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Bridges, lleno de cólera, salió co-



rriendo en persecución de Fanny. Mas ésta estaba ya lejos.

Ellen fué tras él.

Pero se detuvo en el umbral, considerando que no conseguiría otra cosa que aumentar el escándalo.

—¡Dios mío, qué razón tenía la señora! ¡El tiempo todo lo cambia! — exclamaba la pobre.

Su madre vino a consolarla.

—Ese necesita un buen escarmiento. Ya verás entonces qué arrepentido vuelve — dijo.

Mas Bridges no llevaba trazas de arrepentirse.

Con terquedad de borracho, continuaba buscando a su hija, dispuesto a darle un ejemplar escarmiento. Entonces iba a saber lo que cuesta humillarse ante los poderosos sólo para obtener una muñeca.

Al fin logró encontrarla en una plaza en la que se celebraba una feria.

Allí, junto a los barracones de baratijas, había un órgano mecánico que tocaba unos vales melancólicos, a cuyo compás bailaban unas mujeres gordas y los gitanos de los cuales era propiedad el instrumento.

Fanny había llegado hasta aquel lugar atraída por la música. Y al

ver bailar, se olvidó de todo cuanto le ocurría con esa facilidad con que los niños olvidan las cosas más graves cuando hallan algo que pueda divertirles, y se puso a trenzar una danza de verdadera bailarina que causaba la admiración de todos los transeúntes.

Bridges masculló un juramento al verla, y cegado por el alcohol, se precipitó sobre ella con ánimo de estrangularla entre sus manos.

¡Y Fanny era lo que él más quería en su vida!

Los dos mozos gitanos, que conocían sobradamente a Bridges por ser parroquianos de su taberna, y sabían hasta qué extremos era capaz de llegar cuando se hallaba bajo la influencia del alcohol, se abalanzaron sobre él y lo sujetaron férreamente, dando tiempo a que Fanny pudiera ganar la acera y buscar protección entre la muchedumbre.

Pero su indignación le prestaba una fuerza extraordinaria, y de un empujón logró desasirse de los que le retenían y precipitarse otra vez sobre su hija.

Mas Fanny era agilísima, y atravesando de nuevo la plaza, consiguió esquivarle, sin que por ello abandonase Bridges la persecución.

Los dos gitanos intentaron acorralarle, pero en aquel momento se oyó el galopar de unos caballos y el repiqueteo insistente de una campana, y ambos ganaron de un salto la acera.

—¡Alfred! — le gritaron—. ¡Fuera de ahí!

Bridges estaba en medio de la plaza, y al oír aquel grito vaciló un momento. Y quizá quiso obedecer aquel mandato.

Pero ya era tarde.

La bomba de incendios cruzó a todo el galope de los caballos. Y las ruedas del pesado carro pasaron por encima del cuerpo derribado del desgraciado Bridges.

Cuando Ellen llegó al lugar del suceso, avisada por los del orquestón, dió un grito de horror y cayó desmayada sobre el cadáver de su marido.

## VI

Durante el verano de 1909, Ellen, su hija y el matrimonio compuesto por Annie y George, se permitieron el lujo de ir a pasarlo en una playa próxima.

Instaladas en la arena, había muchas barracas que ofrecían al público variadas diversiones y entretenimientos.

En una de ellas, en la que actuaba una troupe de excéntricos de

cuarta categoría — por lo menos — organizóse un concurso de baile infantil, para atraer más a la gente menuda.

La ganadora fué Fanny Bridges, quien recibió como premio un osito de trapo, que fué acogido jubilosamente por la niña, más que por su valor material, por lo que de galardón a sus facultades de bailarina tenía.



La decisión del Jurado — que era la propia troupe de excéntricos — causó más de una rabieta a las infantiles competidoras de Fanny.

Hubo una, sobre todo, que cogió tal perra, que su padre se vió obligado a cargársela al hombro, como un saco, sosteniéndola por las piernas, y se la llevó de esta forma a su casa, atravesando el magnífico paseo contiguo a la playa, concurridísimo de gente elegante a aquellas horas.

Lady Marryot, sus hijos, la inseparable Margaret y la hija de ésta, que por allí paseaban, quedaron mirando, sorprendidos, como todos los transeúntes, a aquel hombre que con cara compungida llevaba auestas a aquella chiquilla berreante, sin preocuparse de ella poco ni mucho.

—Bueno, pero ¿adónde vamos? —preguntó Joey, convertido ya en un pollo de diez y siete años, a su madre.

—Vamos a la playa, para encontrarnos con tu padre — aclaró Jane.

Edward, que con Edith caminaba delante, interrumpió el animado coloquio que venían sosteniendo

durante todo el paseo, para replicar a Jane:

—¡Pero no hará falta que vayamos tantos!

—¿Por qué no?

—Porque Edith y yo nos vamos al concierto.

Joey hizo un gesto igual que si hubiera chupado un limón.

—¿Al concierto? ¡Qué atrocidad! — exclamó.

Su hermano se volvió hacia él y le dijo con desprecio:

—Nadie ha pedido tu parecer.

Joey se encogió de hombros.

Edith preguntó a su madre:

—¿Me dejas ir, mamá?

—¡Desde luego, hija mía! — contestó Margaret.

Obtenido este permiso, la joven pareja echó a correr hacia la playa, en dirección al templete de la música.

Las dos madres la contemplaron con arrobamiento.

—Parece ser que se están poniendo románticos — dijo Margaret.

—Románticos, no... ¡patéticos! — corrigió Joey, para quien el amor le tenía completamente sin cuidado y hasta le parecía una cosa risible.

—Están perdidamente enamorados — añadió.

Margaret comentó:

—¡Cómo pasa el tiempo!

En los labios de Jane floreció una sonrisa.

—¿Te gustaría?

—Por supuesto que sí. ¿Y a ti?

—¡Mi hijo y tu hija novios! ¡Qué bien!

Joey se impacientaba y se aburría.

—Bueno, ¿pero vamos o no vamos a buscar a papá?

—Sí; no debemos hacerle esperar — repuso Jane.

Emprendieron el camino, y al dar los primeros pasos sobre la arena de la playa, tuvieron un inesperado encuentro.

—¡Ellen! ¡Oh, qué sorpresa! — exclamó jubilosamente Jane, teniendo la mano a su antigua sirvienta.

Esta la saludó con menos afectuosidad que en otros tiempos.

—¡Cómo ha crecido usted, señorito Joey! — exclamó luego.

Joey sonrió, con miseria.

—Gracias por su pésame cuando murió Alfred, milady — le expresó Ellen.

Jane evocó en su mente la tarde en que ocurrió la muerte de su cria-

do. ¡Qué mal recuerdo guardaba de aquella escena en casa de Bridges, con éste de protagonista! Desde aquel momento tuvo la convicción de que el mundo andaba trastornado. Aquel hombre que todo se lo debía a ella y a su marido, se había atrevido a afrentarla y a demostrar su desagrado con su grosero desprecio. ¿Dónde estaban la consideración y el respeto que a su bondad le debía? ¿Por qué Bridges, antes tan servicial, tan humilde, que sabía hacerse querer de sus dueños, habíase comportado así con ella?

Pero Jane no le echó las culpas de lo sucedido al propio Bridges. Ella comprendía que había alguna causa externa, alguna influencia desconocida que había impulsado al ex mayordomo de su marido a aquella transformación incomprensible.

El origen y la naturaleza de los motivos que habían influido en el ánimo de Bridges, no los podía ella adivinar, ni, por lo tanto, aquilatar. Pero de que existían no le cabía ninguna duda.

Y su temor era que los espíritus sanos del pueblo se contagiasen también de esa influencia perniciosa que más tarde o más temprano



podría llevar a la humanidad a un estado caótico y desesperado.

Quizá todo ello, en el fondo, no fuera más que una consecuencia del siglo; algo así como un fenómeno psicológico producido por el advenimiento de la nueva centuria. Probablemente el mundo estaba asistiendo al comienzo de una era decisiva en la que la humanidad renovaría todas las normas tenidas hasta entonces como buenas. El ejemplo de Bridges, como otros muchos, era sintomático.

—¿Y vuestro negocio, Ellen? — preguntó Jane.

—Ha ido viento en popa desde que murió mi marido — declaró sin ningún reparo la ex criada—. El era quien entorpecía su marcha.

Jane acarició a Fanny, para disimular el efecto que le había producido la "boutade" de Ellen.

—Está muy mona tu hija. ¿Baila todavía?

—Ya lo creo. Ahora va a una academia de baile — respondió con orgullo la madre. Y añadió—: Aquí, en la playa, ha ganado este premio en un concurso.

Miró el osito Jane y sonrió con dulzura.

—Muy bonito.

Annie se creyó en el deber de salir por los fueros de la dignidad artística de Franny, asegurando:

—¡Ah! Pero ella se merece mucho más, milady, porque baila igual que la Pavoliva.

Todos se quedaron atónitos al oír este nombre, que jamás habían escuchado sus oídos.

Pero sólo George se atrevió a preguntar:

—¿Cómo quién?

—Como la Pavoliva, esa bailarina rusa, tonto. Parece mentira que seas tan ignorante — aclaró su mujer, dándoselas de entendida.

Jane, su amiga y su hijo comprendieron entonces que Ellen había querido decir la Pawlova.

—¿Se dedicará al teatro? — interrogó Margaret.

En aquel momento apareció sir Robert, que al ver a sus antiguas criadas las saludó con alegría.

Ellen le presentó al marido de Annie.

—Mi primo George.

Ambos se saludaron, y George, con singular campechanía, declaró:

—Ya fui presentado a su mujer en otra ocasión.

—¡Ah! Pues no me había dicho nada.

—Sí. Fué el día que murió Alfred — consignó el verdulero.

Jane meditó. ¿Qué necesidad tenía de haberle hablado de aquel hombre, y mucho menos de las circunstancias en que le conoció? No; había preferido callar a revelarle a su esposo el desengaño tan terrible que había sufrido en aquella tarde tan poco grata. Era más delicado que no haberle dado un disgusto a su esposo hablando.

Y mientras ellos charlaban con las ex sirvientas y Joey se aburría oyendo aquella conversación para él tan insulsa, Edward y Edith habían ido a sentarse en la quilla de un bote que descansaba de las fatigas del mar, tendido al revés en la arena.

Edith habíase trocado en una deliciosa mujercita, de rostro dulcísimo en el que los ojos, un poco oblicuos, le daban un atractivo imponderable; y de cuerpo esbelto, dotado de una perfecta armonía de líneas.

Ella y Edward se amaban intensamente. Aquellos niños que desde muy pequeños habían jugado siempre juntos, se dieron cuenta un día de que ya habían dejado de ser tales niños y que el cariño que se pro-

fesaban había tomado otro cariz diferente al que hasta entonces había tenido.

Y desde aquel momento se convirtieron de camaradas en novios.

Su deseo hubiese sido poder casarse inmediatamente, para no desperdiciar un instante de felicidad. Mas... ¡eran tan jóvenes todavía!...

Forzosamente había que aguardar que transcurriesen unos años, y entonces... ¡a ser dichosos!

La espera no les inquietaba, porque sabían que tanto el uno como el otro habían de permanecer fieles a su pasión. ¡Era ésta tan fuerte!...

—Probablemente tú hubieras preferido ir a oír la música de Mendelssohn que venir aquí, ¿verdad? — le decía Edward a su prometida, mientras se sentaba a su lado, sobre la caparazón del bote.

Edith cruzó los dedos de sus manos, y elevando la vista al cielo, dijo, con el rostro iluminado por una sonrisa de voluptuosidad:

—Tengo pasión por Mendelssohn.

—¿De veras? ¿Y no tienes ningún otro vicio? — bromeó Edward.

—Sí — respondió ella, devolviendo el alfilerazo—; el de sentar-



me en la quilla de los botes con jóvenes cínicos.

—Es que yo no soy cínico. Soy positivista.

La elegante silueta de un trasatlántico se dibujó no muy lejos de la costa.

—¡Mira, un vapor! — exclamó Edith, con alborozo, señalando la nave.

—Esos barcos ayudan al engrandecimiento de nuestra patria.

Ambos permanecieron en silencio unos instantes.

—Me gustaría hallarme a bordo — dijo Edith.

—¿Conmigo? — le preguntó intencionadamente Edward.

—Es posible — repuso ella, con maliciosa indiferencia.

Después manifestó:

—Pero podríamos marearnos.

—¿Y qué? Todo el mundo se marea.

—¡Oh! Debe ser horrible.

—Pero me arriesgaría por ti. ¿Y tú?

—En un vapor muy hermoso, sí.

—Y en una luna de miel más hermosa todavía, ¿verdad?

Edith se apretujó contra el pecho de su novio, y suspiró, feliz.

—¡Edward, vida mía!

—¡Cuánto te quiero!

Algo así como el zumbido de un moscardón se oyó sobre sus cabezas.

Levantaron la vista y descubrieron un enorme insecto que procedente del mar volaba hacia la costa.

Edward dió un grito de júbilo.

—¡Mira! — exclamó—. ¡Es Blériot que ha cruzado el canal!

Un clamor unánime de entusiasmo se levantó en la playa, en el paseo, en el interior de la ciudad.

Todos gritaban, vitoreando al intrépido aeronauta francés que se había arriesgado a realizar la inverosímil proeza de dar el salto sobre el canal de la Mancha en un avión rudimentario, de una estabilidad no superior a la de las escobas de las brujas.

Pero el hecho excepcional quedaba demostrado, y con él la posibilidad de que, en lo futuro, mediante sucesivos perfeccionamientos de aquella máquina, la conquista del aire por aquellos Pegasos del siglo XX sería una realidad tangible.

VII

Los sueños de Edith y de Edward viéronse al fin cumplidos, tres años después.

Aquella boda era para los esposos Marryot un acontecimiento más que unir a la interminable cabalgata del siglo.

Pero se trataba de un acontecimiento feliz, no de un acontecimiento luctuoso, y Jane y sir Robert daban por bien ocurrido su advenimiento, satisfechos de saber que su hijo iba a ser dichoso.

¡Y, sin embargo!...

El 14 de abril de 1912, Edith y Edward saboreaban la dulzura de su luna de miel sobre la cubierta de un lujoso trasatlántico.

Desde aquel día memorable por haber sido el de la llegada de Blériot a Inglaterra, en que ambos concibieron el deseo, que luego se transformó en proyecto, de realizar

su viaje de bodas en un buque de lujo, no habían cejado hasta conseguir que la realidad tomase cartas en el asunto.

Felices como sólo dos recién casados que se quieren pueden serlo, contemplaban el mar desde la borda, ennegrecido y misterioso por las sombras de la noche.

Ya había transcurrido la cena, y por este motivo ambos vestían de etiqueta.

De pronto Edith sintió un escalofrío y se arrebujo en su chal.

—Hace fresco — exclamó.

—Es que nos vamos aproximando a los grandes bancos de hielo de Terranova — le explicó su marido.

Enlazados por un brazo, permanecieron un corto espacio silenciosos, tratando Edith de sorprender el encantado hechizo del mar.

Y tuvo en sus labios una pregun-



ta deliciosa por su misma puerilidad.

—¿Verdad que es muy grande el Atlántico?

—Sí, muy grande — respondió Edward, mirando en aquellos ojos tranquilos y misteriosos.

—Y muy hondo — siguió ella, con su ingenuidad de chiquilla.

—Más de lo conveniente — repuso su esposo.

Permanecieron callados, considerando ambos con cierto temor las insondables profundidades de aquel océano que se mostraba hipócritamente encalmado, como si su superficie no se alterase jamás.

Edith, para alejar un lúgubre pensamiento que le había acudido a su mente, dijo, arrebujiándose en el pecho de su marido:

—Pero a nosotros qué nos importa que sea hondo o no, ¿verdad?

—Sí, es verdad; ¿qué nos importa?

Rodeó el cuello de Edward con su brazo blanco y delicado, como de marfil, y dijo:

—Si un mago nos dijese ahora: "Si no contáis todos los peces que hay en el mar, moriréis esta noche...", ¿qué pasaría?

—Pues a morir se ha dicho — respondió, jovial, el muchacho.

—¿Te importaría morir?

—¡Ya lo creo!

—A mí, creo que no. Somos ahora tan felices, que nunca podremos llegar a serlo más. ¿No es verdad?

—Sí, chiquilla. Pero por eso no tenemos que morirnos.

Edith apoyó su gentil cabecita en el hombro de su esposo.

—¿Son así todas las lunas de miel, Edward? — preguntó.

—Exactamente.

—¡Y yo que pensaba que como la nuestra no habría otra!

—Para nosotros... no.

Edith tuvo un recuerdo de dulce nostalgia: la niñez.

—¿Quién iba a imaginar cuando éramos niños que nos llegaríamos a casar!...

—Nadie, porque tú eras tan mala... — replicó Edward, riendo.

—¡Pues mira que tú!... ¡Y Joey!

—Pero nos queríamos mucho.

Al recordar a Joey, Edith dijo, irónica:

—Joey está pasando ahora por la edad de conquistar coristas.

—Sí, y a pasos agigantados — confirmó Edward, riendo.

—Tú no te diste mucha prisa en

eso, ¿verdad? — preguntó ella, con maliciosa intención.

Edward quiso desviar esta cuestión, diciendo:

—Hablemos de otra cosa, nena.

Pero el aguijón de los celos había clavado en el pecho de Edith, y para contrarrestar la comezón de su picadura, expuso a su marido:

—¿Qué dirías tú si yo hubiese tenido otros amores... otros novios antes que tú?

—Nada, porque como no los has tenido...

—¿Que no? ¡A centenares!

Pero el ardid no le valió. Edward no mordió el anzuelo. Con vencido de que lo que ella decía era mentira, le dio un beso en la nuca y murmuró junto a su oído:

—¡Embustera!

Viéndose descubierta, Edith declaró:

—A veces siento no haberlos tenido. Porque así la experiencia me habría enseñado el medio de evitar que llegues a cansarte de mí.

—Eso no sucederá nunca — aseguró Edward.

—Sí, algún día te cansarás. Siempre ocurre así, ¿sabes? Una cosa tan bella no puede durar. Tar-

de o temprano, las estrellas pierden su baño de oro.

—¡Caramba! ¿Dónde has visto tú estrellas doradas? — bromeó él.

—¡Tonto!

—Estás en un error, nena. Mira-te en el espejo de papá y mamá. No pueden ser más felices de lo que son. Ni los años ni las penas han mermado en nada su felicidad.

—Pero ellos han vivido en un mundo más tranquilo que el nuestro. Nosotros pertenecemos a un siglo en el que todo es inquietud, sobresalto e inestabilidad. Las cosas, y la vida misma, cambian ahora en el transcurso de un día. Lo que hoy es todo, mañana no será nada. El siglo XX es el siglo de lo efímero, de lo fugaz. ¿Cuánto tiempo crees que podrá durar nuestra felicidad en una época como la presente? Sin embargo, yo no temo. Suceda lo que suceda, estos instantes de dicha ya nadie nos los podrá quitar.

Se alejaron de allí.

Mas la pregunta de Edith pareció quedar flotando en el ambiente. "¿Cuánto tiempo serían felices?"

En un salvavidas que se hallaba adherido a la barandilla y que los recién casados habían puesto de manifiesto al apartarse de ella, estaba



contenida la respuesta. ¡La felicidad de Edith y de Edward sólo duraría ya unas horas!...

La fatalidad había grabado su marca sobre el salvavidas con un nombre que más tarde habría de ser

recordado siempre con espanto: ¡"TITANIC"!

Al día siguiente el mundo entero conocía la horrenda catástrofe que había costado centenares de vidas.

## VIII

Los Marryot tuvieron que regresar precipitadamente a Londres. La movilización había interrumpido su veraneo.

Margaret iba con ellos.

Por sí mismos tuvieron que acondicionar la casa, pues los criados habían quedado aún en el campo, para encargarse del envío de los equipajes.

Nadie daba pie con bola. La casa les parecía desconocida, a pesar de que en ella habían vivido siempre. Pero era que en realidad aquel hogar, deshabitado ya hacía algo más de un mes por las exigencias del veraneo, tenía ese algo de frial-

dad que el hombre halla siempre en su propio domicilio cuando regresa a él después de una ausencia más o menos prolongada de toda su familia.

—No debimos regresar sin los criados — manifestó Robert Marryot, viendo el desconcierto que demostraban las dos mujeres en el arreglo de la vivienda.

—En casa estaremos mucho mejor si ocurre algo — replicó su esposa.

—Descuida, que algo ocurrirá — dijo Margaret.

Habían transcurrido dos años desde la trágica desaparición de

Edith y de Edward, y ambas amigas habían acabado por soportar con sufrida resignación el designio de la fatalidad.

Su amistad les había servido enormemente en aquel trance, pues el mutuo dolor que experimentaban les ayudó a consolarse mutuamente también.

Las noticias referentes a la situación internacional no eran nada halagüeñas. Aquella misma noche expiraba el plazo concedido por Inglaterra a Alemania en su ultimátum, y todo hacía prever que la Gran Bretaña entraría en la conflagración que se iniciaba en el continente.

Joey estaba encantado con lo que había visto durante el viaje de regreso. Por todas partes convoyes de soldados que iban a concentrarse en los puertos del canal para estar dispuestos a partir hacia Francia al primer aviso.

Estaba refiriendo sus impresiones a Margaret en el familiar saloncillo, cuando llegó su padre trayendo una botella y unos vasos.

—Jane quiere que vayas a ayudarla a la cocina — le dijo a Margaret.

Fuése la buena amiga, y Robert Marryot dijo con ironía:

—Brindemos ahora por la derrota de Alemania con su propio vino.

Entre el padre y el hijo comenzaron a hacer cábalas respecto a la duración de la guerra, y tomando como base de deducción los gastos que ésta implicaba, concluyeron por sentenciar que no podría durar más de tres meses, porque Alemania no tenía suficiente dinero para más.

—Y aparte de eso, hay que contar con que irán contra ella Rusia, Francia, Italia, los Estados Unidos...

—Y el Japón, la China, Guatemala, Nicaragua... Indudablemente el triunfo será nuestro — dijo Joey, burlonamente.

—No seas tonto, Joey — le amonestó su padre—. Eso no es para tomarlo a broma.

Joey se alzó de hombros, indiferente.

Se aproximó al balcón, contempló un momento la calle, desierta, y regresó junto a su padre para preguntarle:

—¿Qué hora es?

Robert consultó su reloj.

—Faltan cinco minutos para la



media noche. Y mi reloj no ha variado en diez años — declaró.

En aquel momento comenzaron a sonar las campanadas de las doce.

—Pues mira, hoy se te ha retrasado — dijo Joey, alegremente.

Aquel inconcebible retraso tenía para él algo de simbólico. ¡El mundo entero debía estar desquiciado para que se produjese un hecho de tal naturaleza! Y en verdad lo estaba. El conflicto internacional que comenzaba a desarrollarse no era más que un síntoma de ese desquiciamiento.

—¿Te alegras de haberte retirado del ejército, papá? — le preguntó Joey.

—Sí. Estoy encantado de haberlo hecho.

—¿Pero no irás a la guerra?

—¡Ah, sí! Eso sí.

—¿Y lo harás a gusto?

—Con mucho gusto.

Joey permaneció meditativo.

—Yo también debería ir — murmuró.

Sus palabras fueron como un rude golpe asestado al corazón de su padre.

La posibilidad de que Joey hubiera de ir a combatir, en una lucha mucho más cruenta que las que él

había vivido en el Transvaal, no la había meditado nunca hasta entonces. Y se horrorizó de pensar que aquel nuevo hecho de la interminable cabalgata, pudiera arrebatarse al único hijo que le quedaba, como dos años atrás otro hecho luctuoso había arrebatado a Edward.

—No, Joey — le suplicó—; no seas tan impulsivo. Piensa en tu madre y en mí, y recuerda que a nadie más que a ti tenemos en este mundo.

Llegaron las mujeres trayendo unas galletas y mermelada que habían conseguido encontrar.

Y cuando se disponían a consumir aquel frugal refrigerio, se inmutaron al oír la voz de un hombre que cruzaba la calle, gritando:

—¡La guerra ha sido declarada!

El primero en recobrar su aplomo fué Robert, quien, sonriente, pero pálido como un muerto, exclamó:

—¡Queridos! Ya lo oís. Estamos en guerra con Alemania.

Y fué llenando de vino las copas.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! — gritó Joey.

Prestaron todos atención. Un murmullo parecido a la resaca ma-

rina se iba aproximando lentamente.

Era la muchedumbre enardecida que recorría las calles jubilosamente, con vesánica inconsciencia, vitoreando la guerra y dando mueras al enemigo.

Jane, junto al balcón, hallábase yerta, presa de mortal congoja.

Su mente rememoraba otros trágicos instantes análogos a aquellos.

¡Todo era igual que quince años atrás! La misma locura popular, el mismo ardor bélico de los que no habían de ir a la guerra, el mismo optimismo, la misma fe en la victoria... Y, sobre todo... ¡la misma dolorosa situación para su corazón de esposa y de madre!

¡Ayer fué su marido!... ¡Hoy sería su hijo!

La variante no existía, pues uno y otro eran para ella lo mismo: pedazos de su alma.

—No te aflijas, mamá — le rogó Joey, al verla en aquel estado de abatimiento—. Esta guerra no puede durar mucho.

Jane suspiró.

—Me siento cansada, vencida. Sin ánimos para luchar con la vida —declaró.

Su hijo le ofreció una copa, para que se reanimase.

—Toma una copita. Y en seguida vámonos nosotros también a gritar. A compartir la alegría de los demás.

Las palabras de Joey aún despertaron más lúgubres ecos en su alma. ¡También él se hallaba contagiado de la general insensatez! Y pensó en su hijo mayor.

—Edward—dijo— al menos murió cuando era feliz.

Margaret la estrechó entre sus brazos, conmovida.

—Jane, no te pongas así. El mundo no se ha acabado aún — le dijo su esposo.

Entre sollozos respondió ella:

—Es que mi mundo es muy chiquito. ¡Sólo lo constituís vosotros!

Una violenta crisis nerviosa iba se apoderando de ella.

Robert intentó calmarla, y quiso que brindara con ellos por el triunfo de Inglaterra.

—¡Brindad vosotros por esa guerra!... ¡Brindad! Yo no puedo — clamó, trémula, con las facciones desencajadas y los ojos empañados por las lágrimas.

Y en un arranque de desesperación y de coraje, rugió:



—¡Britania! ¡Gloriosa y victoriosa Britania! ¡Sacrifica a tus hijos otra vez!

Todos la miraban absortos, empavorecidos, con una angustia indecible.

Jane se volvió a su hijo.

—¡Tú, Joey, aunque aún seas un niño, ya puedes ir al holocausto! ¡La patria lo quiere! — exclamó con enérgico acento que no bastaba a encubrir su mortal desesperación.

Estaba magnífica de indignación y de cólera. Su voz tenía roncós tré-

molos, y todo su ser vibraba como una hoja de acero, a impulso de sus sentimientos heridos.

—¡Brindad! — gritó, rechinando los dientes y con los puños cerrados—. ¡Brindad por la victoria! ¡Por la guerra, con sus sufrimientos, con sus desdichas, con sus tragedias!...

Dió unos pasos hacia la puerta de la estancia, y desde el umbral, concluyó:

—¡Pero no me pidáis que brinde yo!

## IX

Por delante de la imagen de Jesús pasan los soldados a centenares, a millares.

Y nunca acaban de pasar.

La nación hace juegos de taumaturgo para que sus filas guerreras no lleguen a aclararse.

Dijérase que saca a los hombres de entre las piedras.

Es como si hiciera brotar un manantial humano con sólo tocar el suelo con la varita mágica del patriotismo.

Y el manantial se desparrama por los caminos, alegremente, cantando infatigable el mismo estribillo, que ha llegado a convertir en su himno marcial:

*It's a long way to Tipperary...*

En algunas encrucijadas del camino encuentra el humano torrente una cruz con la imagen del Redentor clavada en sus leños. Y pasa indiferente ante él, cantando, cantando siempre el "Tipperary", con loca inconsciencia.

Y Cristo eleva los ojos al Cielo, en súplica de perdón al Padre, para que aplaque la insensatez de aquellos hombres a quienes sólo les guía el afán de matar a su prójimo, que también siente sed de sangre.

Pero sus lamentos no encuentran eco en las alturas.

Quizá el mismo Dios está horrorizado de los pecados que cometen sus criaturas y quiere que los purguen infligiéndoles este castigo por sus propias manos y con sus propios crímenes.

Día tras día el Divino Redentor es encarnecido por los hombres que pasan en marciales rebaños ante él, llevando sobre sus hombros infesables armas de exterminio en lugar de las nobles herramientas del trabajo que dignifica.

El nombre de Dios en boca de esos hombres es un sarcasmo cuando no acompaña a una blasfemia.

Y Cristo vuelve a apurar su cáliz de amargura hasta las heces viéndose desterrado de todos los corazones.

"*It's a long way to Tipperary*"..., sigue cantando el humano torrente.

Y al desembocar impetuoso en los campos de batalla franceses, las balas van segando, con las vidas, las estrofas de la canción en los labios de los hombres que integran aquél.

## X

Ha pasado un año.  
El torrente sigue su curso.

Y la Cruz donde Cristo agoniza eternamente para redimir al hom-



bre, se va derrumbando poco a poco, perdido el apoyo de la fe.

En los campos de batalla van sucumbiendo las juventudes de varios países. Los hombres jóvenes que en un futuro de paz pudieran dar gloria y esplendor a su nación logrando verdaderas y provechosas conquistas para el Trabajo, para el Arte o para la Ciencia, son inmolados estúpidamente en aras de un ideal que no existe y de una patria a la que se maldice en vez de amarla.

La vida ha perdido su ritmo.

El hombre sólo piensa en matar o en divertirse.

Cuando regresa del frente — el que tiene la fortuna de poder regresar—, con unos días de permiso, vive una existencia de ininterrumpido placer y aturdimiento.

En que quiere desquitarse de las penalidades sufridas en la lucha y de las que aún le quedan por sufrir, cuando vuelva otra vez a empuñar el fusil, si una bala no acaba de una vez para siempre con ellas.

\* \* \*

Joey Marryot también fué a servir a la patria.

Gracias a sus estudios universitarios, fué nombrado inmediatamente suboficial, y al cabo del año era ya alférez.

Poco después de este nombramiento, Joey recibió una licencia de diez días que fué a disfrutar a Londres.

Con otros camaradas recorrió todos los sitios de diversión de la ciudad.

Una tarde hallábase en un caba-

ret elegante junto con dos muchachos que ostentaban la misma graduación que él.

Las canzonetistas cantaban siempre canciones optimistas inspiradas en el mismo tema: la guerra, o mejor dicho, los soldados.

—¡Qué fastidio! — exclamó uno de los oficiales—. Por todas partes esos estúpidos cuplés de la guerra.

—A mí me encantan—dijo Joey.

—Pues a mí lo que me encanta es esa chica—manifestó el tercero de los alféreces, un muchacho ru-

bio, con aspecto de niño, a pesar de su corpulencia.

El primero declaró poco después:

—Estoy loco de contento. Salgo para Francia el sábado.

—¡Estupendo, chico! ¡Cómo se ve que eres novato!—le dijo Joey.

—¿Es que tú no te sientes feliz al pensar que regresas?

—Yo lo único que siento es una sed atroz.

—Eso es fácil de remediar—intervino el otro, pidiendo otra botella al camarero.

Comenzaron a referirse sus vidas hasta el momento en que ingresaron en filas.

—Yo estaba en la oficina de un perito mercantil—dijo uno.

—Pues lo más seguro es que termines bajo una sepultura de amapolas—bromeó su compañero.

Las luces del salón se amortiguaron para hacer más potente la de un foco que proyectó su lechoso haz sobre una muchacha esbeltísima, de piel blanca como la nieve y rubia cabellera, quien bailó una danza vaporosa y elegante.

Joey, satisfecho de que las canciones bélico-picarescas hubieran cesado al fin, prestó toda su atención al trabajo de la joven. Pero

pronto éste quedó olvidado para extasiarse en la contemplación de la linda bailarina. Y sintió que se emocionaba con su belleza más de la cuenta.

Al acabar la danza, aplaudió entusiásticamente, y no pudo menos de exclamar:

—¡Qué bien baila esa muchacha!

—Es Fanny Bridges—le informó uno de sus compañeros.

Joey sintió agitarse su corazón con violencia al escuchar este nombre.

—¿Fanny Bridges?

—Sí. ¿La conoces?

Dudó antes de responder.

—No. Creo que no.

Sin embargo, suplicó a sus amigos que le excusasen un momento. Y corrió al encuentro de un viejo camarero, a quien rogó, dándole buena propina, le indicase el camerino de la muchacha.

No sabía qué fuerza le había impulsado a ello. Lo cierto es que de pronto se encontró metido en el cuarto de la bailarina, antes de que ésta, que se había retrasado cosechando los aplausos del público, hubiera regresado a él.

Oyó pasos de mujer que se aproximaban y se escondió tras la puer-



ta, para darle una sorpresa a la joven.

¡Fanny Bridges! ¿Quién hubiera podido pensar que aquella mocueta de pañales con cuyas gracias había reído él de niño tantas veces, fuera esta muchacha hermosísima que triunfaba con su belleza y su arte sobre el refinado público londinense?

Mas, ¿por qué le latía a él tanto el corazón al saber que ella se acercaba?

Joey tenía el propósito de darse a ver apenas penetrase Fanny en el camerino.

Pero Fanny entró tan presurosa y tan presurosa comenzó a desnudarse, que Joey por prudencia se abstuvo de presentarse.

Su situación era delicada. La muchacha creyéndose sola se fué despojando de toda su ropa hasta quedar en pantalones.

Joey se dijo para su conciencia que no era correcto contemplar a la bailarina en aquella intimidad, pero Fanny estaba tan tentadora que los ojos del oficial, en lugar de cerrarse, se abrieron hasta parecer que iban a salirse de las órbitas.

Fanny se vistió otro traje. Mas entonces se acordó que había de

cambiarse de sostén, y empezó a desabrochar el que llevaba puesto.

Aquello ya era demasiado. Y Joey, que no había acudido allí en plan de conquistador ni mucho menos, decidió jugarse el todo por el todo, antes que abochornar a la muchacha permaneciendo en su cuarto, y sigilosamente trató de escapar.

Mas entonces Fanny advirtió su presencia y dió un grito de espanto, mientras se cubría el busto con lo primero que halló a mano.

—¡Oh! ¡No tema!—le rogó Joey, más azorado que ella.

—¿Qué hacía usted aquí?—inquirió con dignidad la muchacha.

—Esperándola—respondió él.

—¿Y ha estado aquí desde que yo entré?

—¡Oh, no! Quiero decir que...

¡Ah, Fanny, perdóneme usted! ¡Es usted una criatura ideal!

Fanny le miró con asombro.

—¿Pero quién es usted?

—Yo... yo soy un viejo amigo de usted.

—¿Mío? ¡No lo he visto a usted en mi vida!

—Perdone usted, pero ya lo creo que me ha visto. Incluso hemos vivido bajo el mismo techo.

—¿Sí, eh? Muy ingenioso. Pero haga usted el favor de marcharse, que tengo prisa.

—¡Fanny! ¿Es que no me conoces? Soy Joey!

El nombre no le dijo nada a la muchacha.

—¡Qué interesante! Yo tengo un faldero que se llama Jowser—dijo, con displicencia.

Pero Joey se hizo entender al fin. Y al saber Fanny que era Joey Marrayot, tuvo una gran alegría.

Súbitamente todas las sirenas de la ciudad comenzaron a sonar! Sobre Londres acababa de aparecer un zepelín!

Todo el mundo corría a los sótanos de las casas, para ponerse a cubierto de las bombas de la enorme aeronave.

Un camarero llegó hasta el cuarto de Fanny a avisarle para que corriera a ocultarse en el sótano.

Pero apenas desapareció, se apagó la luz.

—¡Vente! ¡Vamos a la azotea!

—le dijo Fanny a Joey, cogiéndolo de la mano.

Subieron presurosos al terrado del edificio.

El espectáculo era emocionante.

La ciudad hallábase completamente a oscuras, pero desde varios puntos estratégicos de la misma surgían los haces de luz de los reflectores, buscando al terrible corsario del aire.

Varios de los reflectores habían conseguido ya localizar la aeronave.

—¡Míralo!—exclamó Fanny, señalándolo con un dedo.

El enorme dirigible volaba a poca altura sobre el palacio del Parlamento, y contra él se dirigían los disparos de los cañones antiaéreos.

Fanny y Joey lo contemplaban, muy juntos los dos.

Sus almas se hallaban sobrecoídas de emoción.

Y de pronto, sin saber cómo, sorprendiéronse abrazados estrechamente...



## XI

Y transcurrieron tres años más. Los hombres continuaban pasando indiferentes ante la imagen de Cristo, cada vez más vencida, cada día más afrentada.

Joey había vuelto a tener, en todo ese tiempo, muchos más días de permiso, que significaban un número igual de entrevistas con Fanny.

Se amaban sinceramente, con toda el alma. Pero sobre su pasión gravitaba el temor de que jamás llegasen a cuajar sus bellos sueños en realidad.

El último permiso que le otorgaron a Joey fué en los comienzos del otoño de 1918.

La noche en que de nuevo había de partir para el frente, torturaba al muchacho un funesto presagio. ¿Volvería?

De todos los oficiales que había en su batallón cuando ingresó en

éste, sólo quedaba él, por un milagro de la Providencia.

El momento de la partida fué dolorosísimo. Fanny no quería dejarle marchar, escatimándole hasta los segundos para retenerlo más tiempo a su lado.

Para que conservara siempre el recuerdo de aquellos días le entregó un medallón con un retrato.

—No necesito esto para recordar nuestra felicidad, Fanny. Pero sólo de saber que tus manos lo han tocado para dármele, me sentiré confortado en todo momento, como si te tuviera a mi lado.

Besábanse con pasión, con delirio.

—¿Me quieres mucho, chiquilla? —preguntó Joey, con esa puerilidad de los enamorados, que encuentran un placer en oír siempre la misma respuesta afirmativa.

—Sí, mucho.

—¿Lo suficiente para casarte conmigo?

Fanny tardó en responder.

—Sí. Pero no me casaría. No seríamos felices casándonos, Joey.

—¡Fanny!

—Ya hablaremos de eso cuando vuelvas. Ahora no, vida mía. No tenemos tiempo.

Cuando él se marchó, Fanny, con el alma llena de amargura, tuvo, no obstante, que actuar ante el público, haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad.

En verdad amaba a Joey, pero su proposición le asustaba. Ella era una bailarina, hija de los criados de los padres de Joey. ¿Cómo verían éstos su unión?

Jane acompañó a su hijo a la estación. ¡Una vez más!

Su fortaleza de ánimo se manifestaba siempre en estas despedidas, tras las cuales quedaba en su alma flotando siempre la incógnita de si no lo volvería a ver más.

—¡Trata de ver a tu padre!—le recomendó, al partir.

—¡Haré todo lo posible!—manifestó el muchacho.

Las verjas del andén se cerraron ante ella.

Joey corrió a coger el convoy, que ya se ponía en marcha.

Cuando Jane se retiraba, andando como un autómatas bajo el pesar del dolor de saberse sola de nuevo, ya que los seres más queridos, su esposo y su hijo, se hallaban el uno en campaña y el otro camino del frente, llegó un tren de heridos.

Y el cortejo doloroso de las camillas pasó por su lado, silencioso, apestando a éter y a yodoformo.

Jane se había inconscientemente llevado un cigarrillo a los labios, y se disponía a encenderlo, cuando acertó a ver entre los heridos a uno que gemía en una camilla y a quien una enfermera acababa de poner en su reseca boca un cigarrillo para calmar su nerviosidad.

Y Jane tiró el cigarrillo que se disponía a fumar, entregándose, aterrada, a ver con los ojos de su imaginación enfebrecida, a Robert y a Joey, sufriendo sobre el suelo francés.



XII

Joey tuvo compasión de aquel alférez que llegaba por primera vez al escenario de la guerra y le confesaba la inquietud que había sentido de no haber podido llegar a tiempo.

¡Infeliz! También él había sentido la misma inquietud, y ¡cuánto se arrepentía de ello ahora! Era el deseo de la juventud de poder pelear, de ganar laureles. ¡La guerra era tan bonita leída en narraciones literarias!

Joey pudo ver a su padre.

Robert no ocupaba puesto alguno de inminente peligro, sino que estaba de director de una oficina encargada de organizar los convoys para el frente.

La entrevista fué corta. El tren en que había de hacer el viaje Joey a las trincheras había de partir en seguida.

Su padre le dió una buena noticia.

Corrían rumores de un armisticio, y quizá pronto estarían de regreso en su casa.

Efectivamente, poco tiempo después, el 11 de noviembre, a las once de la mañana, cesaban las hostilidades.

Aquella mañana, Jane recibió una inesperada visita: la de Ellen, que, muy peripuesta, vestida de terciopelo, con pieles costosas y unos impertinentes de oro, iba a verla con un determinado objeto, que no se atrevía a manifestar abiertamente.

Jane se puso en cuidado.

—Bueno, ¿qué sucede?

—Se trata de Fanny y el señorito Joey—dijo Ellen.

—¡Ah, bien! ¿Y qué?

—Pues nada, que han sido novios.

Jane se sorprendió. Era la primera noticia que tenía de este noviazgo. Su hijo nada había comu-

C A B A L G A T A

nicado. Y le desagradó sobremanera que fuese Ellen, su antigua criada, quien viniese a tratar de un asunto de esta índole, tan delicado, con ella, de igual a igual.

—Y ahora que la guerra ha terminado, Fanny está preocupada.

—¿Preocupada, por qué?—preguntó con extrañeza Jane.

—Pues... porque cuando él regresase, quizás... Yo pensé que...

Jane adivinó lo que Ellen quería decirle con todos aquellos circunloquios, y aunque sintió su corazón dolorido, afrontó valientemente la situación, preguntándole:

—¿Qué pensaste?

—Que debían casarse—declaró Ellen, rápida.

Jane permaneció silenciosa unos momentos, con la cabeza baja.

—¿Lo desea ella?—preguntó.

—Ella precisamente no, pero yo...

—¿Entonces?

—Tengo una carta de su hijo. La llevo aquí.

Jane palideció. ¿Qué era aquello, Dios mío? ¿Un *chantage*? ¿Pretendía aquella vieja, llena de orgullo por su dinero, cazar a su hijo Joey para marido de su hija y lograr así pertenecer a una fami-

lia respetable de la alta sociedad?

Una invencible repugnancia hacia la ex sirvienta se apoderó de Jane.

Ellen le tendía la carta de referencia, pero Jane la rechazó con dignidad diciendo:

—No deseo verla.

Luego le hizo una pregunta que le costó gran trabajo salir de sus labios:

—¿Le ha ocurrido algo a Fanny?

Ellen se escandalizó.

—No, nada de eso, ¡Dios mío!

—Entonces son ellos los que deben decidir.

Púsose en pie la dama para indicarle a Ellen que daba la entrevista por terminada.

—No era mi intención mortificarla, milady — dijo la vieja, poniéndose trabajosamente en pie.

—No me has mortificado.

—Usted perdone. Pero es que a mí me han preocupado mucho estos amores.

—Está bien, pero yo no acostumbro mezclarme en los asuntos de mi hijo.

—Dispense usted, señora.

Jane trató de sonreír en vano, al decirle:



—No hablemos más de esto. Adiós, Ellen.

Mas ésta no había quedado satisfecha todavía, y manifestó, con impertinencia:

—Usted cree que mi hija no merece casarse con su hijo, y está usted muy equivocada. Fanny es recibida en todas partes.

—Me alegro por ella.

Ellen subió de tono su altanería, exclamando:

—Las cosas han cambiado por completo, ¿sabe?

El alfilerazo supo esquivarlo Jane con ironía.

—Sí, así parece—dijo.

—Fanny es ahora una gran actriz —prosiguió Ellen, contemplando desdeñosa a su antigua señora.

—Está bien; pero lo siento en el alma.

—¿Qué quiere usted decir? —demandó como en un reto la madre de Fanny.

Y Jane, nerviosa a no poder más, replicó:

—Deberías comprenderlo. ¡Que el mundo anda al revés! Adiós, Ellen.

Se dirigió a la puerta para indicarle que su deseo era que se mar-

chase. Mas Ellen se obstinó con terquedad en seguir hablando.

—No sé por qué habla usted así —dijo, con soberbia—. El hecho de que una haya prosperado creo que me autoriza...

—¡He dicho adiós, Ellen! —le atajó Jane con energía.

Las baterías de Hyde Park atronaron en aquel momento todo el ámbito de Londres, anunciando el cese de las hostilidades.

Una doncella penetró, trayendo en una bandeja el papelito azul de un telegrama.

—La guerra ha terminado, milady —dijo con júbilo la muchacha mientras le alargaba el telegrama.

Jane lo cogió con esa involuntaria emoción con que siempre son recibidos esta clase de comunicados. Y al leer su contenido, palideció mortalmente.

—¡No hay contestación! —murmuró, y la doncella desapareció de la estancia.

Ellen, al advertir lo demudado del rostro de su antigua señora, se alarmó, y preguntóle qué había sucedido.

Jane, con los ojos desorbitados, desencajado el semblante, musitó, tendiéndole el telegrama a Ellen:

—No te preocupes más por lo de Fanny y Joey... ¡El no volverá jamás!... ¡Ha muerto!...

Y como si hasta entonces la hu-

biera sostenido una fuerza oculta desde que leyó la fatal noticia, y esta fuerza le faltase de repente, rodó pesadamente por el suelo.

\* \* \*

Londres era un hormiguero humano.

Todo el mundo se había echado a la calle, para celebrar el armisticio.

Y entre aquella muchedumbre bulliciosa, que gritaba y que metía ruido con toda clase de instrumentos, una mujer, con el estupor retratado en el rostro, caminaba con mecánico movimiento.

Sus ojos, que miraban fijamente a un punto que no veía porque no existía, le daban aspecto de loca.

Y enloquecida iba, porque acababa de saber que había perdido al

único hijo que le quedaba, ¡lo había perdido para siempre!

Buscando un lenitivo a su dolor, habíase lanzado a la calle, tratando de participar del general regocijo, pero la alegría de los demás aún aumentaba su tristeza.

De pronto su rostro recibió la afrenta de sentirse golpeado por un matasuegras que llevaba un marinero.

Y entonces, como si cumpliera con un penoso deber, alzó el brazo y agitó en el aire una carraca mientras lanzaba un alarido lúgubre, que quería ser un grito de alegría.

### XIII

La guerra que conmovió al mundo entero había terminado. Pero tras ella, como un reguero maldito,

quedaban sus trágicas consecuencias.

Los ciegos, los inválidos y los en-



fermos formaban legiones amedrentadoras.

Las doctrinas demoledoras cobraban cada vez mayor auge.

Bajo la capa de la sumisión, de la conformidad, latía el deseo de revancha en los países vencidos.

Y el mundo entero se prevenía, creando nuevos instrumentos mortíferos para una nueva contienda.

El fenómeno de las juventudes disciplinadas militarmente, se producía en Italia, y su ejemplo cundía en otros países.

Se fomentaba el ateísmo.

Y se perdía, por lo tanto, la fe en Dios, que era el único consuelo del hombre.

La humanidad se prosternaba nuevamente ante el Becerro de oro.

Y todos los vicios arraigaban con facilidad en la sociedad corrompida, nacidos unos en las trincheras o inventados más tarde otros para superar aquéllos.

Las danzas habían perdido la esencia del ritmo y de la estética para convertirse en una cosa lúbrica, creada con un ansia de desquite

por las privaciones carnales sufridas en las trincheras.

La música también había degenerado en una serie de sonidos sin copados que recibía el nombre de jazz.

Pero entre todo este maremágnum desconsolador, aún quedaban almas no contaminadas de la miseria moral que envolvía al mundo. Y eran éstas quizás las que más habían sufrido, las que más de lleno habían vivido la gran tragedia.

Entre ellas estaba Fanny Bridges. El tiempo no había logrado cicatrizar su corazón.

Y hoy la vemos cantando en un cabaret, una impresionante canción, en la que maldice a este desdichado siglo XX, en el que todo es caos y confusión, en el que el amor no existe ni hay una razón para vivir, y el cual es el causante de todas las desventuras de la humanidad.

Y hay en su canto tal acento de sinceridad, que en seguida se advina son reproches que salen del fondo de un alma torturada por todo el mal que de la loca cabalgata de nuestro siglo tiene recibido.

\* \* \*

En el hogar de los Marryot tampoco se han logrado infiltrar las influencias desdichadas de la guerra. Sólo Margaret se ha dejado arrastrar por la corriente, con su prurito modernista, y ha llegado incluso a creerse una muchacha, porque, en el umbral de los sesenta, viste a la última moda y trata de asimilar todos los vicios de la juventud de hoy... ¡sin conseguirlo!

Y ella misma se mata con la vida de ajeteo que lleva concurriendo a bailes, a partidas de tennis y de golf, y viajando a velocidades fantásticas en su coche o en aeroplano.

Robert y Jane se burlan de sus manías, y ella cree insultarlos llamándoles anticuados.

Sin embargo, ellos han llegado felices hasta nuestros días.

La víspera del Año Nuevo de 1933, June y Robert Marryot conversan en su saloncito familiar.

—Henos aquí otra vez, esperando el Año Nuevo—dice Jane.

—Otro año ido — responde Robert.

—Y otro por venir.

—¿Te preocupa?

—No... Todo pasa.

—Eso significa que sí te preocupa.

—¿Y a ti no, Robert?

—Creo en el futuro.

—Por eso eres optimista. Yo también, hasta cierto punto.

—Nuestra vida ha sido una gran aventura.

—Sí, a veces triste, llena de ansias. A veces feliz como ninguna.

—Pero gracias a Dios jamás sordida.

—¡Y casi toda ha transcurrido en esta habitación!

Las palabras de Jane se hallan impregnadas de nostalgia o quizá de dolor.

—A veces la detesto—exclama, con un matiz de rencor.

—¿Quieres mudarte? — le pregunta solícito Robert.

Pero Jane se revuelve ante esta idea.

—¡Ni pensarlo, querido mío!

Robert propone entonces, como una solución definitiva:

—Unas cortinas nuevas no vendrían mal.



—¡Pero si son nuevas!—replica Jane.

—¿De veras?

—Sólo hace unas semanas que las puse.

Y es que aquel cuartito se ha adaptado ya de tal forma a las costumbres de sus moradores, que por muchas innovaciones que se hagan, siempre irán de acuerdo con el estado de ánimo de ellos y pasarán inadvertidas para sí mismos porque no verán más que reflejos de sus almas.

Dan las doce.

¡Ha nacido el año 1933!

Y los dos esposos alzan sus copas para brindar por el nuevo año.

—¡A nuestro viejo amigo, el Porvenir!—dice Robert—. Pero primero brindo por ti.

—Y yo por ti, leal y amante siempre.

Y añade Robert:

—Brindo también por las glorias y los triunfos pasados.

—Y por los sufrimientos también.

La voz de Robert se empaña de leve emoción al decir:

—¡Por nuestros hijos, que formaron parte de la Cabalgata!

Y Jane responde, con los ojos brillantes por las lágrimas:

—Y por su espíritu de valor y de patriotismo.

Y ante los ojos del matrimonio pasa veloz la cabalgata que se aleja de ellos, dejando tras sí un reguero de sangre y otro de luz.

Y aquella sublime mujer que supo llevar una vida de amor, de abnegación y de sacrificio, por su esposo y por sus hijos, recibe como premio un beso lleno de honda ternura del más leal de los hombres, su marido, y, los dos, llenos de emoción, brindan por que la HUMANIDAD sea DIGNA en la PAZ y el TRABAJO.

F I N

Exclusiva de distribución: Sociedad General Española de Librería. — Barará: 16, Barcelona

# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	La mujer ligera.	Dugan.	Erased una vez un vala.
El gran desfile.	Virgenes modernas.	En cada puerto un amor.	Hombres en mi vida.
Miguel Strogoff o el	El pagano de Tahiti.	Marruecos.	Niebla.
Correo del Zar.	Estrellas dichosas.	¿Conoces a tu mujer?	Rabeca.
La princesa que supo	La senda del 98.	El milón.	Indeseable.
amar.	Esto es el cielo.	La mujer X.	Tarzan de los monos.
El coche número 13.	Espejismo.	Gente alegre.	El terror del hampa
Sin familia.	Evangelina.	Mar de fondo.	La vuelta al mundo por
Mare Nostrum.	Orquídeas salvajes.	La llama sagrada.	Douglas Fairbanks.
Nantás, el hombre que se	El caballero.	La ley del harén.	Chica bien.
vendió.	Egoísmo.	La fruta amarga.	Kecien casados.
Cobra.	La máscara del diablo.	Vidas truncadas.	Champ (El campeón).
El fin de Montecarlo.	El pan nuestro de cada	La fiera del mar.	La zarpa del jaguar.
Vida bohemia.	día.	Tabú.	Los amores de José Mo-
Zará.	Vieja hidalguía.	El pasado acusa.	jica (fuera de serie).
¡Adiós, juventud!	Poseión.	Papá piernas largas.	El caballero de la noche.
El judío errante.	Tentación.	Trader Horn.	Arsène Lupin.
La mujer desnuda.	La pecadora.	Un yanqui en la corte	La dama del 13.
La tía Ramona.	El beso.	del rey Arturo.	Amor en venta.
Casanova.	Ella se va a la guerra.	El código penal.	El pecado de Madellón
Hotel imperial.	Los hijos de nadie.	La pura verdad.	Claudet.
Don Juan, el burlador	El pescador de perlas.	Maternidad, o el derecho	La casa de los muertos.
de Sevilla.	Santa Isabel de Ceres.	la vida (fuera de se-	Titanes del cielo.
Noche nupcial.	Las dos huérfanas.	rie).	El proceso Dreyfus.
El séptimo cielo.	La canción de la estepa.	Carbon (La tragedia de	La vida de un gran ar-
Beau Geste.	El precio de un beso.	la mina).	artista.
Los vencedores del fuego.	La rapsodia del recuerdo	Estudiantina.	El último varón sobre la
La mariposa de oro.	Delikatesen.	Las peripecias de Skippy.	Tierra.
Ben-Hur.	Del mismo barro.	¡Qué viudita!	Fantomas.
El demonio y la carne.	Estrellados.	El camino de la vida.	Violetas imperiales.
La castellana del Líbano.	Cuatro de infantería.	Noches de Viena.	Soy un fugitivo.
La tierra de todos.	Olimpia.	Mamá.	Teresita.
Tripoli.	Monsieur Sans-Gêne.	Eran trece.	La película de las estreñas
El rey de reyes.	Sombras de gloria.	Cheri-Bibi.	Grand Hotel (fuera de
La ciudad castigada.	Mamba.	Bésame otra vez.	serie).
Sangre y arena.	Ladrón de amor.	Camarotes de lujo.	Hollywood al desnudo.
Águilas triunfantes.	Molly (la gran parada).	Los hijos de la calle.	Sangre roja.
El sargento Malacara.	El valiente.	La divorciada.	El doctor X.
El capitán Sorrell.	¡De frente... marchen!	Madame Satán.	Emma.
El jardín del edén.	Prim.	¿Cuándo te suicidas?	Primavera en otoño.
La princesa mártir.	El presidio.	Marianita.	El hijo del destino.
Ramona.	Romance.	El carnet amarillo.	Ella o ninguna.
Dos amantes.	El gran charco.	Honrarás a tu madre.	El enemigo en la sangre.
El príncipe estudiante.	Tempestad.	Su última noche.	El azul del cielo.
Ana Karenine.	El dios del mar.	Las alegres chicas de	El monstruo de la ciudad
El destino de la carne	Anne Christie.	Viena.	El hombre que se reía del
La mujer divina.	Sevilla de mis amores.	¡Viva la libertad!	amor.
Alas.	Horizontes nuevos	Malvada.	Susan Lenox.
Cuatro hijos.	Ben-Hur (edición popu-	El teniente del amor.	Mercado de mujeres.
El carnaval de Venecia.	lar).	Deliciosa.	Manos culpables.
El ángel de la calle.	La incorregible.	Cielo robado.	La princesa se divierte.
La última cita.	El malo.	Amargo idilio.	La mano asesina.
El enemigo.	El pavo real.	Honor entre amantes.	El rey de los gitanos.
Amantes.	Bajo los techos de París.	Para alcanzar la luna.	El sargento X.
La bailarina de la Ope-	Wu-li-chang.	El hombre que asesinó.	Los seis misteriosos.
ra.	Montecarlo.	¡Ríndase!	Esta edad moderna.
Moulin Rouge.	Camino del infierno.	La calle.	La novia de Escocia.
Ben Ali.	¡Mío serás!	El prófugo.	Besos al pasar.
Los cuatro diablos.	¡Aleluya!	Milicia de paz.	El mayor amor.
¡Ríe, payaso, ríe!	La mujer que amamos.	Amores de medianoche.	El expreso fantasma.
Volga, Volga.	Alcompás de 3/4.	Miguel Strogoff o el	Al despertar.
La sinfonía patética.	La princesa se enamora.	Correo del Zar (edi-	El robo de la Monna Li-
Un cierto muchacho.	popular).	ción popular).	sa. (La Gioconda).
¡Nostalgia!	El gran desfile (edición	La hermana San Sulpicio.	La edad de amar.
La ruta de Singapur.	popular).	El demonio y la carne	Salvada.
La actriz.	Du Barry, mujer de	(edición popular).	Divorcio por amor.
Mister Wu.	pasión.	La dama misteriosa.	Corazones sin rumbo.
Renacer.	La viuda alegre (edición	Los clavos de la Virgen.	Corazones valientes.
El despertar.	popular).	Pereza de baile.	Irusta - Fugazot - Demare
La melodía del amor.	Ángeles del infierno.	Aima libre.	(fuera de serie)
Las tres pasiones.	Cuerpo y alma.	Al Capone (Pánico en	Los tres mosqueteros. (Los
Cristina, la Holandesa.	El impostor.	Chicago).	Herretes de la reina)
¡Viva Madrid, que es	Esposa a medias.	Mi último amor.	Esclavitud.
mi pueblo!	Esclavas de la moda.	Muchachas de uniforme.	La calle 42.
Sombras blancas.	Petit Café.	Marido y mujer.	Las dos huérfanitas.
La copia andaluza.	Hav que casar al prin-	María-Hari.	
Los cosacos.	cipe.	Congorilla (fuera de se-	
Icaros.	Inspiración.	rie).	
El conde de Montecristo.	El proceso de Mary	Carceleras.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



Próximo número:

## MILADY

Segunda parte de *Los tres mos-  
queteros.*

Seguidamente, las sensacionales  
producciones españolas

## UNA MORENA Y UNA RUBIA

por RAQUEL RODRIGO, CONSUELO  
CUEVAS, PEDRO S. TEROL, etc.

## EL RELICARIO

por NIEVES ALIAGA, JESÚS ME-  
NÉNDEZ, LOLA CABELLO, «GUE-  
RRITA», etc. Con todas las canciones.

Precio: 1 peseta

**¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!**

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Pida los últimos catálogos, gratis y sin compro-  
miso, y se le remitirán por riguroso turno.



**E. B.**

**Precio: Una peseta**